

BOLSIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

invierno caliente

vic logan



SS

SERVICIO SECRETO



VIC LOGAN

INVIERNO CALIENTE

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.374
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 40.104 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1976

© Vic Logan - 1976

texto

© Destlo - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

**ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección **SERVICIO SECRETO:**
1.304 — Conspiración perfecta.
- En Colección **PUNTO ROJO:**
759 — Sólo mueren las hermosas.
- En Colección **ASES DEL OESTE:**
652 — El último en reír.
- En Colección **SALVAJE TEXAS:**
888 — Tierra de colosos.
- En Colección **KANSAS:**
863 — Siembra de violencia.
- En Colección **BRAVO OESTE:**
584 — Senderos de venganza.
- En Colección **COLORADO:**
877 — La muerte visita Wyoming.
- En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**
244 — La cañada del lobo.
- En Colección **MUJERES MARCADAS:**
330 — ...Es mi hermana.

CAPÍTULO PRIMERO

Agnes Bay, Baja California. Invierno.

Alguien dijo que Agnes Bay es algo así como tres ciudades en una. A saber: Existe la población antigua de pescadores prácticamente a extinguir. Luego hay una masa de comerciantes surgidos al socaire del turismo. Por fin existe la gran Agnes Bay. Tan grande como falsa porque únicamente ocupa la ciudad durante los dos meses más fuertes del verano. Es la masa turista que hace insuficientes las ocho mil plazas hoteleras distribuidas en 10 grandes hoteles, y las veintitantas mil camas en apartamentos de todos precios, más bien caros distribuidos por toda el área de la población, más las antiguas y modernas villas que aun en minoría se llenan durante ese par de meses de locura.

Ahora es invierno. Hace viento, la escasa arboleda que queda después de que los *bulldozers* arrasaran lo mejor de la población para construir monstruos de hormigón, convertibles en buenos dólares a expensas de la naturaleza, se agita ante los frecuentes vendavales.

Las calles a las 8 de la tarde están desiertas. Las tiendas cerradas. La mayoría lo están todo el invierno, estación que sus propietarios escogen para hacer sus vacaciones y gastarse parte del dinero que en dos meses han ganado para todo el año, porque en Agnes City en verano todo cuesta de dos a tres veces más que en cualquier otra población importante, incluido San Francisco o Los Angeles que ya tienen fama de ciudades caras.

Los monstruos de hormigón son manchas grises y feas. Sin luz parecen formas fantasmagóricas en un lugar otrora idílico.

Las casas de apartamentos, excepto un par de plantas del edificio Marne que están ocupadas todo el año y puede verse luz en sus ventanas, se hallan vacías y se suman al número de fantasmas nocturnos que ni siquiera impiden el paso del viento.

En una de las villas, la única, hay bullicio. La alquilaron tres semanas antes un grupo de desocupados que al parecer pasan el día bebiendo, bailando y fornicando. Son gente joven en número de una docena o poco más, el jefe Trayter jamás ha llegado a averiguarlo porque tan pronto se marchan unos y llegan otros. La cuestión es que en la villa siempre se ve jolgorio.

Ahora el coche patrulla del agente Taps pasa por delante y observa las luces. Hasta él llega el eco de la música y algún grito. El agente Taps es joven, veinte y algunos años. Está aburrido en invierno. Seguramente añora los ligues del verano. Le gustaría meterse dentro de la casa, despojarse del uniforme y formar montón con los que se divertían entre aquellas lujosas paredes, pero tiene que cumplir con su maldita y rutinaria misión.

—¿Para qué? —se pregunta a menudo—. En invierno aquí jamás sucede nada. Se conocen hasta los gatos.

Sí. En invierno la policía local parece que gana el dinero de los contribuyentes de una forma hartó cómoda, aunque aburrida.

En realidad hay pocos representantes de la ley. El jefe Trayter y cuatro agentes. Sobran la mitad.

En la pequeña y antigua oficina, cerca del sector de la playa, normalmente se queda un agente de guardia durante la noche, los otros tres, terminada la ronda que diariamente hace uno de ellos, tienen permiso para acostarse. Trayter va y viene. Trayter tiene 40 años y está casado, vive a un centenar de metros del edificio policial en una casa privilegiada junto a la playa, y al lado del desvío de la carretera general.

En este momento termina la cena y suena el teléfono que Julie, su joven y bonita esposa, se dirige a contestar.

—Déjalo. Será para mí.

—Todavía no saben qué hacer sin consultártelo —sonrió ella. No era una pregunta sino una afirmación.

—Sí lo saben pero cumplen con su deber. ¿Qué quieres? Es la rutina. Marcar un número de teléfono es todo el ejercicio que se puede hacer en invierno. —Y ya pegado al teléfono dijo—: Trayter.

—Aquí Herning, jefe. Todo en orden. Son las ocho y cinco minutos.

—Sé perfectamente la hora que es. ¿Algo más?

—No.

—Es raro. Estamos a viernes. ¿Haynes todavía no ha empezado a armar camorra?

—No, jefe.

Haynes era el borracho oficial de la bahía. Se emborraba todos los viernes y acababa durmiendo en uno de los cuatro calabozos del local policial.

—Bueno, pues estad alerta y cuando empiece lo encierras.

El agente Herning que libraba aquella noche se excusó:

—Jefe, es que quería ir a San Rafael con Linda Neespar. Hacen una buena película y...

—Hay una solución, Herning —repuso el jefe Trayter tranquilamente—. Encierra a Haynes antes de que empiece a armar gresca y puedes irte al cine.

—¡Pero si ahora está sereno! —exclamó el agente.

—Dentro de media hora tú y yo sabemos que no lo estará. Y empezará a romper cosas.

—Pero es que dentro de media hora será tarde, jefe.

—Entonces elige. Esperas a que se emborrache y no vas al cine o le encierras ahora. ¿Algo más?

—Maldita sea... Una vez que tengo un buen plan.

—No te hagas demasiadas ilusiones con Linda Neespar. Es una calentatíos pero a la hora de la verdad se vuelve atrás. Adiós.

Cuando colgó su esposa regresaba de la cocina contigua al comedor-salita de la casa.

—¡Oye! —exclamó—. Pareces conocer mucho a esa Linda Neespar.

—Mi obligación es conocer a todo el mundo. ¿No te parece? Llevamos seis años aquí. Linda era entonces una mocosa de dieciséis años.

—Que aparentaba veinte por lo menos y todos iban detrás de ella. Lo recuerdo perfectamente —sonrió la mujer—. Lo que no sabía es que tú...

—¡Oh, Julie! ¿Celos ahora? Mira. Esa Linda no hacía más y lo sigue haciendo pero ya con menos éxito, que explotar sus encantos

personales.

—No sabía que te gustasen las digamos exuberancias físicas.

—¿Y quién diablos te ha dicho que me gusten? Hablo de Linda. Ella se vio con esa exuberancia, sabía que tenía éxito con ellas y se dejaba manosear, pero nada más. No podía detenerla por eso.

—¿Trató de... interesarte a ti? Oí decir que a veces iba con hombres maduros.

—Claro que lo trató, Julie. Y nos acostamos juntos. ¡Y tenemos un hijo! ¡Cielos! ¡Qué preguntas haces!

—Vaya. Tú con tal de no contestar. ¿Eh?

—Julie —murmuró el policía pacíficamente—. Por el amor de Dios, en siete años de casados nunca me habías preguntado cosas así. ¿De veras sientes celos?

Ella dudó un instante y sonriendo enamorada confesó:

—No. Ahora sé que no. Pero al principio cuando llegamos aquí, el verano... ¿Recuerdas?

—Vaya jaleo los primeros tiempos. ¿Eh?

—Sí... Y con esas chicas que siempre te rodeaban cuando ibas por la playa. Os veía reír desde el porche. A veces llevabas alguna en el coche...

—Bueno, un favor se hace a cualquiera. ¿Acaso pensabas...?

—No, no... No quería pensarlo, pero no podía evitar sentir celos. Yo estaba embarazada de Bob, no podía ir a la playa... Ahora pienso que quizá era envidia.

—Me congratula tu confianza... Y hablando de Bob. ¿Cuándo volverá de casa de tu madre?

—Pasado mañana, te lo dije. Tienes que ir a buscarle.

—Es verdad. ¡Qué cabeza! ¿Y por qué no lo traen ellos y se quedan un par de días?

—Ya sabes que esto es demasiado húmedo para mi madre y...

—Ya. Y en verano no es húmedo. ¿Eh?

—Bueno. No empecemos.

—Es sólo un comentario. Pero el verano lo tendremos aquí. A dar la lata cuando más trabajo hay y a criticar al yerno por el hecho de ser policía.

—Déjalo ya, Robert. Ya sabes que ahora no se meten contigo.

—Si tú lo dices... —Se levantó tomando el último trago de vino californiano y tomó su pelliza de cuero forrada de piel.

—¿Es que vas a salir?

—Voy a hacer un poco de ejercicio.

—Ya. Para no discutir. Conozco el sistema.

—Julie... —murmuró pacientemente Robert Trayter—. Salgo como todas las noches a echar una ojeada. Volveré pronto. ¡Ah! Y ponte el camisón que a mí me gusta. ¿Eh? Esta noche pensaba... Tengo ganas. ¿Sabes?

—¡Tonto! Eso no se dice.

—¿No?

—Sale mejor de forma espontánea —sonrió ella.

Él se aproximó y la besó en la boca.

—Sí, pero a veces ocurre que cuando regreso te encuentro dormida. Y entonces me sabe mal despertarte.

Volvió a besarla y salió, dejando abierta la puerta mosquitera que en invierno no era necesaria tener cerrada, cruzó el porche y bajó la escalera.

En el pequeño jardín escuchó los ladridos de «Buck», el perro que le había olido.

—¿Qué haces tú aquí? Anda a tu casa. Hace frío. —El perro parecía inquieto—. ¿Qué tienes? Echas de menos a tu amo, ¿eh? No te preocupes, Bob estará aquí el domingo por la noche. Anda, anda... Tienes una casa muy confortable.

El animal pareció comprender y se metió en la singular construcción de madera que por especial encargo del pequeño Bob había sido construida para el can.

No se trataba únicamente de la caja típica con agujero para guarecer a un perro, sino de una especie de *bungalow* en miniatura para que el animal pudiera moverse por dentro a sus anchas.

Robert Trayter tomó el coche y se dirigió hacia el puesto de policía.

Apenas entró escuchó las exclamaciones que procedían de uno de los calabozos.

—¡Esto es un atropello! ¡Un abuso de autoridad! ¡Estoy completamente sereno y me encierran! ¡Me quejaré! ¡Vaya si me quejaré! ¡Conozco mis derechos!

Trayter sonrió al entrar en su oficina donde estaba el agente Bradford de guardia.

—Ya veo que Herning ha optado por largarse al cine. ¿Eh?

—Sí. Lo malo es que Haynes tiene razón. Hoy está seco. Creo que deberíamos soltarlo.

—No servirá de mucho. Yo hablaré con él. ¿Todo bien por aquí?

—¿Qué quiere que pase? ¡Ah, sí! Han llamado de la central.

—¿Qué quieren?

—Dicen que el inspector Lane está en camino y que quiere hablar con usted.

—¿El inspector Lane? ¿Y me lo dices ahora?

—Bueno. Llamaron hace unos veinte minutos. Pensé que estaría cenando. Como de todos modos siempre se pasa por aquí...

—¡Maldita sea! ¿Sabes quién es el inspector Lane?

—Ni idea.

—Es el capitán inspector Aldo Lane. Por aquí está su ficha... — Se sentó tras su mesa y buscó en un cajón. Todo estaba bien ordenado y no le fue difícil encontrar la cartulina que buscaba—. Aldo Lane, capitán inspector de la zona periférica de la Baja California. Tiene 32 años, y es un tipo muy inteligente.

—¿Le conoce usted?

—No. Nunca le he visto personalmente, pero tengo referencias. —Y pensativamente, como si hablara consigo mismo, añadió—: Me pregunto qué diablos le traerá aquí en pleno invierno.

—Una visita rutinaria —aventuró el agente Bradford.

—¿Rutinaria? No. Lane no es de los que se molestan en hacer visitas rutinarias. Vendrá en busca de algo.

—¿En Agnes City?

—Bueno. Saldremos de dudas en cuanto llegue. Pero esto me huele mal.

—¿Se va a quedar usted?

—¡Qué remedio! Espero que no tarde demasiado en llegar. — Pensó en la promesa que le hizo a su mujer de volver pronto y su contrariedad fue mayor.

—Bueno, quizá no tarde. Cuando llamaron dijeron que estaba en camino.

—¡Qué más da! Tengo que esperarle. Sería una descortesía.

—En este caso pienso que yo...

—¿Tú, qué? —Observó al joven agente adivinando lo que iba a pedirle.

—Que quizá no me necesitara y...

—¡Ah, no! Nada de eso. Y ahora menos que nunca. Al menos que Lane encuentre a alguien. ¡Diablo! Sólo pensáis en largaros. Por una noche entre cuatro no creo que podáis tener queja. ¿Eh?

—No. Si no es queja, pero pensé que...

—No pienses, muchacho. No sé a lo que viene ése Lane, pero no quiero que piense que aquí cada cual hace lo que quiere. Un puesto de policía, por insignificante que sea, debe atenerse a unas normas. Yo tengo las mías y os dejo hacer lo que queréis en la mayoría de las ocasiones, y esto lo sabéis todos.

—Sí, sí, claro. Disculpe, jefe.

—No hay de qué, hombre. ¡Ah! Ya me había olvidado del borracho que por una vez ha querido ser sobrio. Voy a charlar con él.

A Robert Trayter casi se le había olvidado Haynes y la verdad es que últimamente ya había dejado de vociferar.

Al salir de su despacho y encaminarse hacia el corredor donde se hallaban los cuatro calabozos y la puerta del retrete al final, escuchó nuevamente el rezongar del preso.

—¡Maldita sea! ¡Se van a acordar!

Pero ahora su voz sonaba mucho menos serena y entre exclamación y exclamación soltaba hipidos de la forma habitual en los borrachos.

—¡Vaya, vaya! —sonrió Trayter—. Se ha llevado la alegría envasada.

Golpes contra la pared, el arrastre del catre y el sonido propio de una botella al estrellarse contra la pared.

Trayter le observó a través de la rejilla y murmuró:

—Bueno, amigo. Iba a soltarte, pero dadas las circunstancias...

—¡Maldito polizonte! —rugió sacándose otra botella del bolsillo que elevó en forma de brindis y añadió—: ¡A tu desgracia! ¡Para que te mueras!

—Oye, Haynes, para ahorrarnos trabajo, otra vez vienes tú solo y te emborrachas aquí. ¿Eh?

Se alejó olvidándose del borracho para pensar nuevamente en la visita de Aldo Lane.

¿Por qué diablos vendría?

CAPÍTULO II

El viejo y abollado «Ford» se adentró un centenar de metros después del desvío de la carretera, en dirección al centro de Agnes City.

Las primeras construcciones turísticas —en realidad de las últimas que se habían realizado— se alzaban a la derecha de la ruta, en cuya izquierda comenzaban las dunas para terminar en la misma orilla del Pacífico.

Más allá, la carretera se metía más hacia el interior, separándose de la playa. Era donde se iniciaban las primeras villas, antiguas construcciones de la época en que el veraneo era solo privilegio de unos pocos.

Al llegar al primer callejón entre dos edificios de la parte derecha el estrafalario conductor del «Ford», metió el coche allí y se apeó de él.

La atención del hombre de la cazadora de cuero y el niky de cuello de cisne se fijó en la luz que brillaba en la villa a unos cuarenta metros de donde había dejado el coche.

Buscó en la parte trasera de su pantalón, y extrajo una pistola automática que montó debidamente para guardarla al lado derecho sujeta a la correa de su pantalón.

Antes de avanzar por la carretera en dirección a la villa, el visitante miró en torno suyo comprobando la absoluta soledad del paraje.

A lo lejos, por el centro, el agente Taps, tras tomar una ronda en uno de los dos únicos bares abiertos durante el invierno, se metió de nuevo en el coche.

Antes de subir un cliente y conocido le preguntó:

—¿Todavía no has terminado la ronda? Eso sí que es gastar gasolina tontamente.

—Eso mismo digo yo —repuso el policía. Luego dio marcha al automóvil y subió por la solitaria calle.

Eran las 8,35 de aquella desapacible noche invernal.

El individuo del «Ford» estaba ya en el jardín de la casa. La rodeó ágilmente deteniéndose a mirar a través de alguna de las iluminadas ventanas.

Lo que pudo ver desde uno u otro lado a través de aquellas ventanas, si no era una bacanal se le parecía bastante.

En la sala principal de la casa y salones contiguos se encontraban varias parejas. La que se comportaba más decentemente se hallaba bailando. Ambos casi sin ropa.

En un rincón, en la penumbra, otros se dedicaban «a sus cosas». En un sofá dos parejas estaban muy amarteladas.

Una muchacha fumaba en solitario algo que debía proporcionarle un placer cercano al clímax.

El melenudo sonrió. Si había una ocasión propicia para sorprender a aquella pandilla de degenerados era justamente aquélla.

Entró en la casa por una puerta lateral. No estaba el cerrojo echado y evitó hacer ningún ruido delator.

Avanzó por un corto corredor hasta alcanzar la puerta de la sala principal. Hizo una posterior observación y vio la gran lámpara de cristal de la sala principal. Permanecía apagada. A la gente le bastaba con la luz producida por lámparas de pie o de pared.

Cerca del melenudo-barbudo se hallaba un cuadro de luces. Probó un conmutador y sólo consiguió apagar uno de los apliques de pared y nadie pareció hacer demasiado caso. Probó con otro y tuvo suerte, la lámpara derrochó generosamente la luz que inundó por completo la sala. Eso sí produjo el efecto deseado y la absoluta extrañeza general.

El desconcierto total lo protagonizó el recién llegado amenazando a todos los reunidos con la pistola.

—¡Magnífico cuadro de imbéciles! ¡Levantad las manos! Nada de tonterías. Dispararé al menor movimiento.

Uno que estaba más apartado quiso largarse, pero el melenudo disparó apuntando bajo. El joven frenó su carrera y se volvió.

El que parecía el jefe dio un paso adelante y preguntó:

—¿Qué significa esto?

—Un atraco... ¡Y cuidado! La próxima vez dispararé a dar. ¿Entendido? Ahora entréguenme el dinero. ¡Vamos! Que alguien lo vaya sacando de los pantalones que veo por aquí en el suelo. ¡Deprisa!

Y avanzó hacia una muchacha de cuyos lóbulos de las orejas colgaban unos relucientes pendientes. Avanzó una mano y murmuró:

—¿Me los das o te los arranco?

—No puede...

Hizo intención de convencerla con un tortazo, pero un joven próximo a ella gritó:

—¡No! No la toque. Dáselos, Dasy. Ese tipo es capaz de todo.

Le entregaron los pendientes. El sujeto, siempre dominando la situación, se paseó entre los asustados invitados a la bacanalesca fiesta.

Señaló una sortija de oro que una muchacha trataba de ocultar.

No tuvo que decir nada. Se la dio.

El encargado de buscar el dinero le entregó las carteras y algunos billetes sueltos.

—¿Seguro que eso es todo?

Hubo una afirmación tímida por el encargado de revolver los bolsillos, pero el melenudo no pareció demasiado conforme y a éste sí que le cruzó el rostro con el revés de la mano con tal furia que el joven cayó contra un sillón.

—Por lo menos falta el tuyo. Eres el único que llevas pantalones.

Inmediatamente el joven puso mano en el bolsillo trasero del pantalón y le entregó la cartera.

—Los documentos... —tartamudeó.

—¡Y a mí qué diablos me importan tus documentos! —Guardó la cartera y añadió—: Más dinero. Aquí hay poco. ¡Vamos, vamos!

Entretanto, observaba los objetos que adornaban la sala. No parecieron interesarle demasiado.

—¡Quiero ver todos los bolsillos vueltos hacia fuera! ¡Todos!

Los reunidos tenían prisa en que el sujeto se marchara. Por eso entre tres cumplieron la orden.

Entretanto, el agente Taps había dado una vuelta por el lado norte y enfiló por una calle que conducía a la carretera. En breves momentos estuvo en la confluencia, a una veintena de metros de la

villa que ahora resplandecía más por la lámpara central que estaba encendida.

Dudó unos instantes y por fin hizo virar el coche hacia la casa. Había algo que le atraía de aquel lujoso chalet. Posiblemente las jóvenes que lo frecuentaban.

El melenudo había comprobado personalmente que ya no quedaba nada más que pudiera llevarse y guardándolo todo en una bolsa especial en el interior de su chaqueta retrocedió hacia la puerta principal.

El agente Taps detuvo el automóvil en aquellos instantes frente a la entrada del jardín. Dudó unos instantes y se apeó. El aire era bastante fuerte, e instintivamente alzó el cuello de la cazadora de uniforme.

Observó la puerta principal y la sombra a través del cristal protegido por las barras de hierro.

Avanzó hacia la casa en el instante en que el melenudo salía de ella.

El agente Taps dudó un instante. El tipo no le inspiraba demasiada confianza. Por su parte el atracador aprovechó la confusión y avanzó hacia él con la pistola prieta en su diestra, pero ocultándola en su parte trasera.

—¡Eh! ¿Usted es de la casa?

La respuesta del melenudo que ya estaba muy cerca de él fue sacar el brazo armado. Taps era rápido de reflejos y quiso a su vez sacar su arma reglamentaria, pero el de las barbas le soltó un fuerte golpe en la mandíbula con la pistola que derribó al policía.

Luego echó a correr desapareciendo en la oscuridad, cuando empezaban a salir los primeros ocupantes de la casa, con cierto temor, para comprobar que el asaltante ya no estaba; y no podían hacer otra cosa que atender al policía y dar parte a la central de lo que acababa de suceder.

CAPÍTULO III

El hospital de Agnes Bay, llegado el invierno, ocupaba sólo un pequeño espacio destinado a enfermería y quirófano de urgencia. Era más que suficiente para la escasa población que quedaba terminada la temporada.

Allí había sido llevado el agente Taps, a quien no fue necesario practicarle ninguna cura de importancia. Se hallaba perfectamente cuando el jefe Trayter y el agente Bradford llegaron allí.

—¡Maldita sea! —Gruñía Taps—. En cuanto me lo encuentre se va a acordar del día que nació para maldecirlo. ¡Hacerme esto a mí!

—No te preocupes, de aquí al verano ya no se te notará el hematoma y podrás lucir tu perfecto rostro de Adonis —masculló el jefe de mal talante—. Y ahora basta de lamentaciones. ¿Has llamado a Bell?

La pregunta iba dirigida a Bradford y Bell era el cuarto agente que tenía su noche libre.

—Sí, jefe. Le dije que fuera directamente al puesto —informó Bradford.

Jack Bell era el más antiguo y también el mayor en edad. 50 años. Un tipo de acción, pero acostumbrado a la vida vegetativa de los inviernos del lugar.

—Me encuentro perfectamente, jefe —arguyó el que había sido golpeado—. Y con ganas de echarme a ese tipo a la cara.

—Bien, id los dos. Un coche cada uno, pero cuidado. Si va armado es peligroso. Y nada de fuegos artificiales. Lo quiero vivo. Quiero saber quién es ese tipo. ¡Justamente hoy que tiene que llegar Lane! Yo voy al puesto. ¡Maldita sea, y Herning en el cine!

—Ese Pleasence aguarda para hablar con alguien, jefe —dijo Taps.

—¡Pleasence! ¡Oh, sí! El inquilino de la villa. Ya me había olvidado de él. Bueno, voy a verle. Que uno de vosotros le explique a Bell lo ocurrido y decidle que se quede allí hasta mi regreso. Voy a ver qué saco en claro de lo ocurrido.

Taps recordó:

—Ya le he descrito al tipo, jefe. Pero ellos habrán tenido más tiempo que yo para fijarse en él.

—Sí, sí. Me has descrito a la clase de sujetos de los que por desgracia de la humanidad son peores que las plagas de Egipto. Allí las malas sólo fueron siete y tipos así son a miles. Las mismas ropas, las mismas barbas, las mismas melenas. Ésa sí es una plaga.

Y pensó en su hijo que tenía seis años, próximo a los siete. Miró su retrato junto al de Julie imantados en el coche junto al volante.

—Quién sabe cómo serás tú —murmuró mientras se dirigía ya a la villa asaltada.

Con el jefe Trayter iba Pleasence, un tipo de unos treinta años, de mirada insolente. Era el que figuraba como inquilino de la villa alquilada tres semanas antes.

—¿Habla conmigo? —preguntó a su lado tras oír el soliloquio de Trayter.

—No. Por supuesto. ¡Ah! Y gracias por ocuparse del agente Taps.

—Estaba sin sentido, ignorábamos lo que le había hecho ese hijo de perra que nos asaltó. Me pareció lo más prudente llevarlo al hospital.

—Muy bien hecho, sí, señor.

—¿Cree que lo atraparán? —preguntó Pleasence.

—¿A ese tipo? Es difícil de predecir. Quizá se haya largado. ¿Saben si vino en coche?

—No sabemos nada. Apareció de pronto. Ya se lo he contado.

—Sí, sí... Y a mí me falta saber lo que digan los demás.

—¿No estamos perdiendo demasiado tiempo?

—¿Qué quiere decir, señor Pleasence? —Trayter le miró de reojo.

—Sus hombres debieron haber salido antes en su busca.

—¿Sabe usted los hombres de que dispongo?

—Ése es problema suyo.

—De acuerdo, señor Pleasence. Es problema mío. Por eso hago las cosas a mi manera para resolverlo. ¿Alguna otra objeción?

Pleasence comprendió que era mejor no meterse con los procedimientos de Trayter y prefirió guardar silencio. No por ello perdió aquella mirada de insolencia.

Luego en la casa, cuando la concurrencia trataba de hacerse pasar el susto a base de darle al *whisky* o al wodka, el jefe Trayter masculló:

—Temo que están demasiado borrachos para poder decirme algo que valga la pena.

Un joven que nos aparentaba más allá de la veintena de años, envalentonado por el alcohol trasegado se encaró con la policía para afearlo.

—Estas cosas no ocurrirían si los encargados de guardar el orden cumplieran con su deber.

—Tú eres un buen contribuyente, ¿verdad, hijo?

—Yo...

—Estás lleno de valor y de coraje en estos momentos. ¿Verdad, joven contribuyente?

—¡Oiga! —protestó viendo que estaba haciendo el ridículo—. No tiene derecho a tratarme como si fuera un niño.

—Es que si fueras un hombre te hubieras comportado de forma distinta, «hijo».

—¡No me llame hijo!

—Toda esa valentía que tienes ahora con tus gritos debiste demostrarla cuando aquel tipo estaba aquí. ¿Por qué no demostraste entonces tu hombría?

—¡No tiene derecho a tratarle así! —exclamó Pleasence—. Es uno de mis invitados.

—¿Qué le he dicho yo? —sonrió Trayter—. ¿Acaso le doy instrucciones acerca de cómo debe ganar el dinero el «papá» de su invitado? ¡Entonces, maldita sea, dejen de criticar! Esto sucede en todas partes. La policía no tiene la culpa. —La voz de Trayter se hizo dominante, y su actitud descubría una absoluta seguridad en sí mismo.

Luego, más calmado y mirando a todos uno a uno, añadió:

—Haré lo que pueda por capturar a ese individuo. No creo que su descripción sirva de mucho. Ni siquiera saben si tenía coche ni de qué marca era. Cuando salió de la casa aguardaron demasiado tiempo. Tenían miedo. Y lo comprendo.

—El tenía un revólver —terció uno de aspecto tosco con abundante melena y que aparentaba unos veinticinco años—. En igualdad de condiciones hubiera sido distinto. Pero ya disparó una vez. Éste iba dispuesto a todo.

—Claro, claro. Un atracador armado siempre va dispuesto a todo. Y en igualdad de condiciones ustedes eran... siete. Siete hombres. Lógicamente habrían podido con él.

Lo había dicho en tono burlón. El que le habló antes captó la ironía e insistió.

—¡Iba armado!

—Ya lo he oído. Una pistola de grueso calibre. Una vieja e infalible «Luger», tal vez... Y ha tenido que venir de fuera para robarles precisamente a ustedes. Es curioso, pero en fin con lo poco que me han dicho intentaré hacer el milagro.

Cuando Trayter salió de la villa no disimuló el poco convencimiento que tenía de todo aquello. No ya sólo de atrapar al atracador, sino del hecho en sí.

Al comienzo del interrogatorio había preguntado uno a uno si sabían de alguien sospechoso entre sus amigos. Alguien que supiese de la clase de fiestas que se celebraban allí, en la casa. Alguien que pudiera haber hablado con otros para averiguar si ese «alguien» o alguno de «esos otros» hubieran podido ver una excelente oportunidad de hacerse con buenos dólares de un modo relativamente fácil.

En resumen, que el hecho sólo podía haber sido perpetrado por una persona que conociera aquellas reuniones y que supiera que allí podría encontrar dinero si se ayudaba de un auxiliar tan convincente como una pistola.

Pero esas preguntas iniciales habían sido contestadas con ambigüedades. Nadie estaba en condiciones de dar pistas. Nadie atinaba a dar nombres.

Pensar que el asaltante era de la localidad o de la vecindad era poco probable, pero quienquiera que fuese «sabía» de la gente que se reunía en aquella casa. Conocía la situación y características de Agnes City y hasta quizá estaba al corriente de la escasez de agentes de policía que por otra parte y en invierno raras veces habían tenido que emplearse a fondo.

El jefe Trayter pensaba en esto de regreso a su oficina donde le

esperaba con visible impaciencia y ganas de entrar en acción el «viejo» Bell.

—¡Por una vez que pasa algo! —Gruñó tan pronto como Trayter hubo traspuesto el umbral del puesto—. ¡Ah, por cierto! Ha llamado tu mujer...

—¡Oh sí! —Y Trayter miró el reloj. Las 10. Eran ya las diez y él le había asegurado un pronto regreso.

Tomó el teléfono para llamarla, pero Bell no paraba de importunarle...

—¡Oye! ¿Qué es lo que ha ocurrido exactamente? ¡Maldita sea! Bradford me habló de un atracador. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Te lo diré si callas un momento —incredó Trayter cuando su esposa contestaba al teléfono.

—¡Ah! Menos mal que eres tú.

—Lo siento, querida. Tardaré un poco más. ¿Sabes? Voy a tener una visita, y han pasado cosas...

—¿Ha ocurrido algo? —inquirió ella.

—Un atraco. Buscamos a un tipo que Dios sabe dónde debe hallarse en estos instantes.

—Entonces... tardarás, ¿eh?

—Me temo que sí, cielo. Tendremos que aplazar... lo que te dije antes —y bajó un poco la voz para que Bell no pudiera oírle, si bien el veterano policía parecía estar hablando consigo mismo como si se hiciera cruces de que hubiera podido ocurrir algo sin que él estuviera de servicio para intervenir.

—Cuídate —le recomendó Julie.

—Sabes que lo hago.

—Buenas noches, cielo.

Trayter colgó lamentando la noche que se había perdido. Con una mujer como la suya era difícil fijarse en otras. Porque Julie se conservaba perfectamente. Tenía treinta y dos años, pero algunas de veinticinco envidiaban su silueta.

Pensó que hacían poco el amor por el temor que ella sentía a quedarse embarazada. «Tener otro hijo sería un serio peligro para Julie», había dicho el doctor.

Bell le sacó de sus breves meditaciones reiterando su deseo de entrar en acción.

—Coge tu coche y busca por todas partes.

—¿Y a quién diablos debo encontrar? —protestó Bell.

—A un tipo con melenas hasta los hombros y barbas como Abraham.

—¿Y quién era ése?

—¡Melenas y barbas, Bell! Chaqueta o cazadora de cuero, pantalón tejano y botas. ¿No tienes bastante descripción? ¿O es que quieres que te de su domicilio?

—Pues sí que... —Murmuró el veterano policía comprendiendo que no se sabía nada en concreto del individuo.

—Ya ves. Se trata de un trabajo fácil. Pero cuidado, no detengas al hijo de Lutt, ése lleva barbas y melenas, pero sólo tiene veinte años. Parece que el sujeto de marras ronda la treintena, y va armado. Probablemente de una «Luger» y la dispara si es necesario. Si das con él piensa que me gustaría tenerlo vivo.

—A mí no tienes que decirme esto, Robert. Lo mío son las buenas palizas cuando hay que darlas. —Y le guiñó un ojo.

—Adiós y suerte, viejo luchador.

Cuando Bell se iba volvió la espalda y comentó:

—Robert... Te conozco. Tú no ves muy claro esto, ¿verdad?

—No.

—Ya me parecía a mí.

—Pero quiero encontrar ese tipo. Parece que en total reunió un par de miles de dólares. No creo que a los de la villa les hagan mucha falta, pero puede servirte como pista.

—O. K. —replicó el veterano agitando la mano en señal de despedida.

En el calabozo el borracho oficial Haynes había concluido su beligerancia y sus reservas de alcohol y dormía profundamente sobre el camastro.

CAPÍTULO IV

En el reloj del despacho las manecillas señalaban la una y cinco minutos de la madrugada.

Trayter se desperezó con una taza de café que él mismo se había preparado y fue a contestar una llamada de uno de los coches patrullas.

—Nada —le informó la voz de Bradford.

—Me lo figuraba.

—Ni los gatos corren por la población. Todos marchamos sin señal para no llamar la atención. Personalmente he revisado la mayoría de esos edificios deshabitados. Ninguna puerta tiene señal de haber sido forzada. Francamente, jefe, pienso que ese tipo se debe haber largado. A estas horas este tipo ha tenido tiempo de ir a San Diego y pasarlo en grande en cualquier antro.

—Sí —gruñó Trayter—. Y puede que incluso esté acostado.

—¿Qué quiere que haga, jefe?

—Si lo supiera... A propósito. ¿No os habréis cruzado ninguno con Herning?

—Yo no, jefe.

—¡Y ése dándose la gran vida con Linda Neespar!

—A lo mejor ha tenido suerte, jefe —bromeó Bradford, a través del teléfono.

—Seguid buscando, aunque sólo sea para demostrar que nos tomamos el asunto en serio. ¡Ah! ¿Estás seguro de que los de la central te dijeron que Aldo Lane vendría hoy?

—Sí, jefe.

—Pues debe de haber tomado algunas copas por el camino, porque a estas horas...

Luego al colgar pensó que habiendo recibido un aviso de la

central era lógico demostrar su interés aunque...

—Con esa gente... —murmuró, dubitativo, al marcar el número. Pero al fin concluyó de establecer la comunicación para preguntar por el capitán inspector Lane y manifestar su extrañeza.

—Oiga... Recibí una llamada anunciándome la visita del capitán Lane. Era para confirmar si tenía que venir hoy. Porque la verdad...

Una voz que a Trayter se le antojó de un sarcástico subido preguntó a su vez:

—¿Qué le pasa, jefe Trayter, quiere ir a acostarse?

—Oiga, le he hecho una pregunta. —Y entre dientes masculló algo contra la pandilla de superdotados de la capital que pensaban que todos los jefes de zona eran un hatajo de gandules soñolientos.

—Espere un momento, jefe Trayter —dijeron y al cabo de unos instantes informaron—: Sí, en efecto, Lane tiene programada su visita a su sector, pero no es seguro que sea hoy precisamente. Tiene otras zonas a su cargo. ¿Satisfecho?

—También podía haber tenido un accidente. Digo yo. Y a lo peor ustedes no hubieran avisado.

—Puede acostarse tranquilo, jefe Trayter —replicó una voz guasona.

—Lástima que no pueda seguir su consejo. Aquí también tenemos problemas de vez en cuando.

—¿Sí? ¿Podemos ayudarle?

—Gracias —y colgó.

¿Pedir ayuda a los de la central? Era una cuestión de amor propio. Sin embargo se sentía furioso. ¡Vaya una noche!

Una noche que aún no había terminado en lo que a sorpresas desagradables se refería. Una noche que alguien estaba empeñado en hacerla particularmente odiosa.

Alguien... que se movía en la sombra cerca de la playa y al lado de una pequeña casa rodeada de jardín, con un porche y una puerta mosquitera abierta de par en par. Una casita con su pequeño *micro-bungalow* para un perro que ladró inquieto cuando la sombra cruzó el jardín hacia la única puerta de entrada.

El viento que había disipado todas las nubes hacía ondear la larga melena del individuo que ascendía los cuatro escalones del porche.

La luna silueteaba al tipo, y su sombra se proyectaba contra el

suelo.

El perro salió ladrando furiosamente y el nocturno visitante se agachó para apaciguarlo. Utilizó para ello un lenguaje que debió convencer al animal que pareció tranquilizarse y dejó de ladrar.

El melenudo, tras acariciar al can, terminó diciéndole:

—Y ahora, hijo de perra, antes de que me estropees esto te mataré si es preciso, pero si eres bueno no te ocurrirá nada.

En el dormitorio principal de la casa, Julie, la esposa de Trayter, se revolvió inquieta. Tenía el sueño bastante débil, sobre todo en noches ventosas. El viento pone nerviosa a mucha gente. Julie solía tener a menudo los nervios a flor de piel. Luego los ladridos del perro.

Se levantó de la cama y se enfundó una bata para ir hasta la ventana de la que separó las blancas cortinas de tergal y observó el mar, plateado por la influencia de la luz de la luna. Estaba calmándose. Retrocedía la marea alargando la zona arenosa. Era un espectáculo bello, pero Julie se sentía intranquila.

Abajo, oculto por el porche, el melenudo, libre ya del perro se hallaba junto a la puerta a cuya cerradura iba a meter algo a modo de ganzúa para forzarla.

Por la carretera, a unos sesenta metros de la casa aproximadamente, circulaba un coche a marcha lenta. No emitía ninguna señal luminosa, pero el melenudo sabía que era de la policía. Aguardó a que el vehículo hubiera pasado para continuar su tarea de forzar la entrada de la casa del jefe Trayter.

Su esposa, Julie, bajó la escalera dispuesta a tomar un vaso de agua. Se había desvelado. Se metió en la cocina y dio la luz.

El barbudo empujó lentamente la puerta y una vez dentro de la casa cerró sin hacer el menor ruido.

Julie tomó su vaso de agua y miró a través de la ventana de la cocina. No podía evitarlo. Se sentía intranquila.

Se volvió para dirigirse hacia el salón-comedor de donde arrancaba la escalera.

El melenudo asomó ligeramente. Julie vio la sombra, sintió un sobresalto que trató de dominar.

El asaltante ya no disimuló su presencia.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó ella, materialmente clavada en el suelo.

* * *

Robert Trayter descolgó el teléfono cuando apenas el timbre había terminado de sonar.

—¡Trayter! —dijo. Y enseguida escuchó la voz desconocida que le hablaba muy suavemente.

—Venga a su casa inmediatamente, Trayter. No avise a nadie en absoluto. Quiero verle llegar a usted solo.

—¿Quién diablos es usted? ¿Desde dónde llama?

—Desde su propia casa. Su esposa está aquí conmigo. Soy el hombre que buscan. Ahora no diga nada y escúcheme atentamente.

—Pero... ¿Cómo...? —A Trayter no le surgían las palabras adecuadas. Pensaba en su mujer y en cómo demonios aquel tipo había conseguido introducirse en su casa.

—Cálmese —le pidió la suave voz del barbudo.

—Si se atreve usted a tocar a mi mujer, le juro que le mataré —aseguró el policía.

—No debió haber dicho esto. ¡Maldita sea! He tomado todas las precauciones y..., ¿está usted solo?

—Sí.

—Menos mal. Escuche, Trayter, no tema por su mujer. Está tan segura como si estuviera con usted. Soy Lane. Aldo Lane. —Y el barbudo colgó el teléfono.

* * *

Trayter llegó a la casa solo y perplejo. ¿Aldo Lane? ¿El capitán inspector Aldo Lane?

Por supuesto que no se confió y entró en la casa con la diestra muy próxima a la culata de su revólver. Era muy ágil en desenfundar el arma cuando era preciso.

La actitud tranquila de su visitante que le aguardaba en la cocina con una sonrisa no le engañó en absoluto y le mantuvo a la expectativa mientras cerraba la puerta de un golpe sin volverse.

Vio a Julie sentada en el sofá biplaza al otro extremo que se levantó tan pronto como vio a su esposo asomar.

—¡Robert! Dice que es policía. Yo no sé nada de tus cosas. Me asusté un poco.

El barbudo intervino sin moverse de su posición, a cubierto de cualquier posible mirada del exterior.

—Reconozco que no es un medio muy ortodoxo de presentarme a usted, Trayter, pero no tenía más remedio. La verdad es que había pensado hacerlo de otro modo, pero me he pasado casi un par de horas a la intemperie y sus hombres ni se han acercado. Se ve que no tienen mucha práctica.

—¿Usted es el tipo que buscan? —preguntó Trayter sin moverse de al lado de Julie.

—Sí, por supuesto. Soy el que suponen un atracador. Le explicaré todo muy rápidamente porque no disponemos de mucho tiempo.

—Oiga, ¿supone usted que voy a creer en su palabra simplemente porque usted dice que es Lane?

—No creerá que con ese repugnante, pero efectivo disfraz voy a tener a mano mi credencial. ¿Eh?

Lane sacó lentamente el revólver de su funda, pero lo volvió a dejar en su sitio mientras avanzaba hacia él para observarlo más detenidamente.

—¡Está bien! —Gruñó el barbudo impaciente—. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

Al decirlo tiró de su barba que costó bastante en salir, pero al fin quedó entera en sus manos, mostrando un nuevo aspecto del sujeto que aún seguía siendo buscado.

De un doble forro de la barba, el individuo sacó una cartulina plastificada y la tendió a Trayter.

—Tome. Espero que luego tenga algo para poderme pegar la barba.

Trayter pudo ver que se trataba de un documento usual de identificación. Lo que se llama comúnmente «la placa». En ella podía verse el rango de Aldo Lane y su cargo en la Sección de Policía de San Diego.

Le devolvió la placa y tomó asiento.

—Su esposa debe irse a dormir. Es mejor, ¿no? Debemos tratar de ciertos asuntos...

—Después de esto, Lane —masculló el jefe Trayter—, mi esposa hará lo que le plazca. No entiendo aún nada de esto, pero ha conseguido asustarla. En mi propia casa.

—Lo lamento. Era el único medio de poder hablar a solas con usted —se excusó Lane con voz que sonaba bastante convincente, pero que revelaba al mismo tiempo una gran firmeza.

—Intentaré dormir —adujo Julie.

—Dudo que lo consigas con el susto que te has llevado —replicó Trayter de forma mordaz.

Lane sacudió la cabeza.

—Está bien, está bien, escuche lo que tengo que decirle y luego juzgue lo que hubiera hecho usted en mi lugar. Y por todos los santos, no sea usted quisquilloso, Trayter.

—Antes de empezar, Lane, como policía y más como capitán debe saber que existen ciertas normas para estos casos. Un documento a veces no es suficiente. Adoptando un disfraz y exponiéndose a ser confundido por un maleante se suelen dar contraseñas.

—Es usted muy suspicaz, Trayter. Apúntese un tanto. Aunque las contraseñas no se utilizan en todas partes, ni siempre.

—¿Cuál es la suya, Lane? —preguntó Trayter sin inmutarse.

—Llame a la central y pregúntelo. Cuando la sepa usted se la diré yo. ¿Le vale así?

Sin emitir respuesta, Trayter se dirigió al teléfono. Marcó el número que le facilitó el propio Lane.

—Se ve que no está muy acostumbrado a llamar.

—No me lo sé de memoria por supuesto —replicó, y aguardó la respuesta.

Le contestó al fin una voz que le pareció la misma con la que había hablado cuando llamó poco antes para preguntar por Lane precisamente.

—Soy Trayter de Agnes Bay —se identificó.

—¡Ah, Trayter! —exclamó su interlocutor con el mismo tono sarcástico—. ¿Todavía no se ha ido a la cama?

—Tengo a un tipo con melena y barba acusado de asalto que asegura que es Lane.

—¡Seguro que es él! Es único para disfrazarse —sonrió el otro.

—Todo esto a usted le hará mucha gracia. Desternílese de risa si quiere, pero antes deme la contraseña de Lane.

—Está bien, hombre. Le hice sólo una broma. Aguarde. —Consultó algo ininteligible para Trayter en la distancia y añadió—:

Está bien deme su número, cuelgue y le llamaré yo.

—¿Por qué diablos...?

—Yo también tengo que comprobar que usted es Trayter. ¿No le parece? —Y colgó.

Trayter lanzó un suspiro y Lane se mostró aún más impaciente que él.

—Pasaremos aquí toda la noche —murmuró quitándose la peluca de un tirón.

—La culpa no es mía.

—Usted está seguro que soy Lane, pero quiere hacer su numerito.

—Mientras no lo compruebe, usted sigue siendo un granuja que ha cometido un atraco.

Lane buscó dentro de la peluca y extrajo un envoltorio de papel en forma de tira. Era de escasas dimensiones. Antes de que Trayter pudiera ver de qué se trataba sonó el teléfono y una voz preguntó:

—¿Trayter?

—Sí. ¿Ya ha comprobado lo que deseaba?

—De acuerdo, Trayter. La contraseña de Lane es «Día de Calma». Cuando Trayter colgó, Lane dijo simplemente:

—Día de Calma. ¿Es eso lo que le han dicho? —Y ya sin esperar respuesta adoptó el tono de quien está acostumbrado a mandar—. Ahora, escuche. ¿Hay algún sitio donde pueda revelar esto? Son fotografías.

Y mostró los diminutos clichés procedentes de una minicámara.

—En el puesto no tenemos laboratorio.

—Pero en el pueblo habrá alguna casa de fotografías que hagan revelados. No me importan las copias. Quiero solamente un revelado.

—¿Y ha venido hasta Agnes City para hacer que le revelen unas películas?

—No sea estúpido. Estas fotos acabo de hacerlas hace unos momentos.

—Bueno. Estoy esperando que lo suelte todo, Lane. La noche es joven —sonrió Trayter.

CAPÍTULO V

Sobre la mesa del comedor, Aldo Lane había dejado las carteras y los billetes que había conseguido en el atraco a la villa.

Ahora, ante un espejo de tocador aguantado por unas botellas y con la ayuda de pegamento, estaba intentando colocarse nuevamente la barba mientras explicaba a Trayter los motivos de su actitud.

Hizo un inciso en la explicación para maldecir:

—¡Me voy a despellejar cuando me quite esto!

—Lo siento. No dispongo de otra clase de pegamento. Yo no he tenido que utilizar nunca postizos.

—Bien..., sigamos. Le decía que cada foto corresponde al dinero que llevaba consigo uno de los que estaban en la villa. Tengo en mi memoria el nombre de cada uno, de acuerdo con sus documentos. También he tomado fotos de algunos de esos documentos. Sólo podía conseguir todo eso fingiendo un asalto. Ahora usted sólo tiene que llevar a revelar los negativos y asegurarse de que quien haga el revelado sea persona que sepa mantener la boca cerrada. Yo me largaré dejando que su gente me coja. Seguramente querrán vengar el golpe que tuve que arrear a uno de sus muchachos. No tuve más remedio. Bueno, hagan lo que hagan, lo aceptaré como un gaje más de mi oficio.

Miró su aspecto y murmuró.

—Esto está bastante bien. —Se enfundó la peluca e hizo intención de levantarse.

—¡Un momento! Todavía no me ha dicho por qué diablos hace todo esto.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo. Si tardan más en dar conmigo podrían sospechar. Si mis sospechas van por buen camino

ya verá como no es con párvulos con quienes estamos jugando. ¡Ah! Y espero que sus muchachos se den mayor maña en dar conmigo. De todos modos ha sido mejor así. Hemos podido hablar sin oídos indiscretos.

—¿Qué motivos tiene para querer que este asunto no lo sepa nadie más que yo?

—Digamos que tengo motivos. Y usted no meta la pata, Trayter.

—Trabajaría mejor si usted se sincerara conmigo. Si por lo que veo tenemos que colaborar juntos.

—Puntualicemos, Trayter, este asunto lo llevo yo. Usted solamente tendrá que dar la cara, pero siguiendo siempre mis instrucciones. ¿Alguna duda?

—Está claro. Para usted el éxito y para mí los palos si algo sale mal. Espero que más adelante se explique mejor.

—Lo haré, Trayter. Y no lamente mi desconfianza hacia sus chicos. Imagino que usted los aprecia. Uno de ellos no lo merece. Créame.

* * *

Despertar a la una y tantas de la madrugada a Lutt, de la droguería, para pedirle un revelado urgente no fue tarea fácil para Trayter, ya que ninguna ley del mundo podía obligar a un comerciante a hacer un revelado. El policía apeló a la buena amistad que unía a ambos.

—¡Maldita sea! A estas horas, Trayter. ¿Has bebido o qué?

—Eres idiota, Lutt. ¿No comprendes que si no se tratara de un asunto urgente y oficial no te llamaría?

—¿Oficial? ¿Y a mí qué? Yo no soy un polizante. Contribuyo con mi dinero para que los haya y me protejan y me dejen dormir.

—Por favor, Lutt, no sueltes el rollo y entrégame esto cuanto antes puedas, mejor. Llámame al puesto. ¿Eh? Y pregunta por mí. No hables con nadie de estas fotos. Ni lo comentes siquiera con mi gente. Hay cosas que uno debe llevarlas solo.

—No me líes. Voy a hacerte el favor. No tardaré mucho. Conozco esta clase de cintas. Tienen un revelado rápido.

Cuando Trayter regresó a su oficina recibió la llamada de Taps. Expresaba júbilo:

—¡Lo he atrapado, jefe! Ahora vamos. He pedido a Bradford y a Bell que vinieran por si acaso. Ahora mismo regresamos los tres.

A los pocos minutos regresaban los tres agentes llevando esposado a Lane. A empujones lo entraron en la oficina.

Trayter observó el aspecto de Lane y carraspeó al notar un morado en el pómulo derecho del «detenido».

—Si usted es el jefe diga a sus hombres que tengan más respeto con los derechos de los ciudadanos.

Taps apretó el puño diestro y masculló:

—El muy hijo de su madre... Pide respeto, y el porrazo que me dio.

—Bueno —adujo Bell con veteranía—. Digamos que tropezó al intentar huir. Se puede hacer constar así.

—¡Pandilla de ganapanes! —masculló Lane mirándoles a todos con tanto odio que era difícil suponer que estaba fingiendo.

—¿Le habéis registrado? —inquirió Trayter siguiendo la farsa.

Bradford sacó de los bolsillos todo lo que había encontrado en los de Lane y lo dejó sobre la mesa.

—No lleva ni un documento. Todo esto es lo que robó en la villa.

—Está bien. Si aún están de juerga llamadles para que le identifiquen a él y reconozcan lo que es suyo. Y mientras tanto le interrogaremos. Vamos, di cómo te llamas.

—Smith. ¿Le gusta este nombre, jefe? —sonrió Lane.

* * *

—Está bien, está bien. No es necesario que entren todos a la vez —exclamó Trayter en la puerta de la oficina dirigiéndose a Pleasence que había venido al frente de todos sus invitados.

Y añadió:

—Que pasen sólo cuatro de momentos. Usted, señor Pleasence, entre.

Luego comentó en voz baja a sus hombres:

—Se creen que vienen a continuar su fiestecita.

Pleasence y los demás identificaron a Lane así como también sus pertenencias.

Todo el mundo tenía prisa para recuperar lo suyo y Trayter

advirtió.

—Les será devuelto. Tendrán que firmar unos recibos y la correspondiente declaración. Les llamaré mañana. ¿Está claro?

Pleasence, al salir, sonrió a Trayter y murmuró:

—Le felicito, jefe. La verdad es que su eficiencia es sorprendente. Me equivoqué con usted. No le creía tan competente.

Trayter iba a decir algo gordo, pero se limitó a esbozar una sonrisa nada agradable por cierto.

La verdad es que todo aquello seguía siendo un misterio para él.

CAPÍTULO VI

Trayter despidió a sus hombres asumiendo la plena responsabilidad del interrogatorio.

—¿No necesitarás un testigo? —insistió Bell.

—Ese tipo ya ha dicho lo que tenía que decir delante de todos. Es un indeseable. Le hemos atrapado por un delito. En la central seguramente tendrán una ficha completa. Nuestro deber ha terminado.

El viejo Bell era bastante suspicaz y torció la boca en un gesto muy característico suyo cuando se le ponía la mosca tras la oreja.

—No sé, no sé... Yo creo que podríamos sacarle algo más. Por una vez que ocurre algo...

—Veré lo que consigo, Bell. Y puesto que he decidido quedarme aquí esta noche, no es necesario que nos quedemos todos. Alguien debe dormir.

Cuando por fin se vio libre, cerró la oficina y fue directamente a la celda donde había encerrado a Lane.

—Bien —dijo sentándose en el taburete frente al falso preso—. Por fin estamos libres de oídos indiscretos. ¿Puede explicarme algo para que yo me entere de lo qué ocurre? En mi distrito suele haber tranquilidad en invierno. ¿Sabe?

—Y espero que siga disfrutando de la misma, Trayter. No hago esto para divertirme. Ahora escuche.

—Estoy esperando que lo suelte todo.

—¿Cuándo tendrá las fotos?

—Lutt me llamará. Quedamos así.

—¿Es de confianza?

—¿Lutt? Oh, sí. Me ha hecho otros trabajos. Un poco gruñón, pero es lógico que si a uno le despiertan a altas horas...

—Lo que importa es que sepa guardar silencio.

—¿Qué busca, Lane?

—Sigo el rastro de unos billetes falsos.

—¿Dólares falsos?

—Sí. Ha oído bien.

—¡Oiga! ¿No corresponde esto a la Tesorería?

—Encontrar los billetes sí, pero no lo que se esconde detrás de estos billetes.

Trayter dejó que Lane se explicara.

—¿Recuerda el secuestro del hijo de Clifford Grant? Hace cuestión de tres meses.

—Claro que lo recuerdo. Pero esto ocurrió en Nueva York.

—Exacto. Nueva York. Secuestraron al joven Grant y pidieron un rescate de un millón de dólares. La familia cumplió. No quisieron que la policía interviniese por temor a que ocurriese algo a su hijo. Así se hizo. Ya sabe usted lo que pasó. Entregaron el millón de dólares y a cambio recibieron el cadáver de su hijo.

Trayter asintió recordando la historia de la que se había hecho eco la Prensa de todo el país.

—La única precaución que se tomó fue anotar la numeración de algunos de los billetes. No todos, por desgracia. Así, a partir del asesinato, la policía del estado de Nueva York y el Departamento del Tesoro empezaron a trabajar.

—¡Un momento! ¿Había moneda falsa en el dinero del rescate?

—No exactamente falsa. Eran billetes retirados de la circulación. Pedimos al Banco que lo hiciera así para poder seguir el rastro posteriormente.

—¿Y ha aparecido en California ese rastro?

—El FBI pasó comunicación a todos los estados. Durante dos meses ninguno de los billetes fue cambiado en ninguna parte. Hasta hace un mes. Alguien pagó en metálico por la compra de un coche usado mil ochocientos dólares. Todo en billetes marcados.

—¿Aquí?

—En San Diego.

—Ya —asintió Trayter.

—Uno o dos billetes hubiera podido ser una casualidad. Mil ochocientos dólares ya no es una casualidad.

—¿Se sabe quién compró el coche?

—No. Se saben las características del coche. Un «Ford» al que se le ha cambiado la matrícula. El coche ha desaparecido. Se supone que su propietario debió advertir que le seguían, despistó a sus seguidores y despeñó el vehículo por un acantilado.

—Se puede comprobar el nombre.

—El nombre no dice nada.

—Falso, ¿eh?

—Es posible. Esa gente ha tomado precauciones. No ha gastado el dinero enseguida. Y cuando lo ha hecho ha sido en el otro extremo del país.

—Gente lista. ¿Qué supone usted?

—La hipótesis general es que se trata de una banda poco usual. Hay un cerebro y unos peones. Un grupo de gente joven, algunos quizá conocidos de la víctima.

—En ese caso sus padres podrían identificar a los sospechosos.

—El joven Grant frecuentaba ciertos ambientes que procuraba que sus padres desconocieran. Así como a cierta clase de amigos.

—¿Y lo de esa casa? —preguntó refiriéndose a la villa que iba a nombre de Pleasence como inquilino.

—Una confidencia nos llegó sobre la pista de un tal Marshall...

—¡No me diga! Es el joven que me gritó hasta hacerme ensordecen recordándome sus derechos de ciudadanía...

—Sí. Joseph Marshall. Hijo de un magnate de las finanzas. Gasta bastante dinero, lo cual sería anormal teniendo un padre rico, pero hemos sabido que precisamente su padre no es demasiado dadivoso para con su hijo. Le da dinero con más abundancia del que ganan muchos que tienen que mantener familias, pero no tanto como el que gasta.

—Ya.

—Joseph Marshall fue visto en el «Ford» antes de que su propietario lo despeñara. Iba en compañía de otros, algunos de los cuales son los que frecuentan esa villa que tiene alquilada Pleasence.

—¿Cree que aquí encontrará lo que busca? —inquirió Trayter.

—Si se trata de una cuadrilla de vividores con papá rico, no hay duda de que éste es el lugar. Si algunos de ellos forman parte de la banda que secuestró y dio muerte al hijo de Grant eso puede que lo sepamos cuando tengamos reveladas las fotos.

En aquel instante sonó el teléfono.

—Puede que sea Lutt —exclamó Trayter acudiendo a su despacho para tomar el teléfono.

En la otra celda, el borracho de los sábados se removió en su jergón.

CAPÍTULO VII

Los negativos de las fotos, completamente ampliados revelaban perfectamente la numeración de los billetes que Lane, al disponerlos para fotografiarlos, lo había hecho de forma conveniente para su ulterior comprobación.

Los dos rollos fueron estudiados por los dos hombres. Lane había escrito unos números en una cuartilla para que Trayter pudiera ayudarle a buscar.

—Mire esto, Lane —dijo el jefe mostrándole uno de los negativos—. Empieza por L.

Lane tomó el negativo y comprobó. Sí. Allí había una serie de diez billetes de cien dólares de los que le interesaban.

—Éstos son —dijo—. Veamos si hay más.

Surgieron otros. Ya no había más.

—Bueno. Al menos no ha hecho el trabajo en vano. ¿A quién pertenecen? ¿Lo recuerda?

—Sí. Déjeme ver el número del negativo... Eso es... Pleasence y el joven Marshall. No me equivoqué al respecto. Ellos poseen dinero del utilizado en el secuestro en suficiente cantidad como para que no pueda pensarse en una casualidad...

—¿Y ahora qué? —preguntó Trayter.

—Bien, bien... No todo es tan fácil. Tenemos a dos, pero necesitamos al pez gordo... Comprenda. Si se hubiera presentado la policía exigiendo que mostraran su dinero habrían sospechado. Si ahora les detenemos por llevar ese dinero encima, sería tanto como advertir a los demás. No... Hay que obrar con tacto.

—¿Y espera encontrar a su pez gordo en Agnes Bay, Lane?

—Eso ¿quién puede saberlo?

—Lane. Dígame cuál es su plan. Oficialmente es usted un

detenido. Yo no puedo soltarle. No debo... ¿Verdad?

Un ruido distrajo la atención de Lane.

—¿Qué es eso?

—Debe ser en la celda de al lado. Es Haynes. Nuestro borracho oficial.

—Creí que estábamos solos.

—Haynes es un borracho, Lane. Aun cuando está seco está borracho.

—¡Eche un vistazo, hágame el favor!

Trayter obedeció. Salió de la celda y miró por la mirilla para ver al viejo Haynes removiéndose en el jergón. Regresó a la celda de Lane y explicó:

—Debe estar soñando. No hay peligro.

—Es necesario tener cuidado, Trayter. Creo que usted es un hombre competente, pero...

—Muchas gracias...

—No bromeo. Sabemos que usted vale, pero hay que andarse con pies de plomo. Esa gente no está sola.

—Usted desconfía incluso de mis agentes. ¿En qué se basa, Lane? No es justo sospechar de alguien sin tener en qué apoyarse.

Tras una pausa, Lane preguntó:

—Esto en verano está repleto de turistas, ¿verdad?

—Sí. Demasiado repleto.

—¿Y cuándo se largan?

—Depende. A finales de agosto todavía queda gente.

—¿Y en setiembre?

—Algunos...

—¿Cuándo secuestraron al hijo de Grant? ¿Lo recuerda?

—Bueno... Hace unos tres meses.

—¡Oh, no! Hace tres meses encontraron su cadáver. Pero el hijo de Grant fue secuestrado en setiembre. Todavía hay movimiento por Agnes Bay en setiembre, ¿verdad?

—Sí.

—Trayter... Tenemos motivos para sospechar que el hijo de Grant fue hecho prisionero en una de esas villas que normalmente quedan para alquilar durante el verano.

—¿En Agnes Bay?

—Sí...

—Ni idea.

—Claro. No se lo iban a decir a ustedes.

—Normalmente conocemos a todos los inquilinos que ocupan las casas.

Tras un silencio, Lane preguntó:

—¿Quién es el propietario de esa villa que ahora tiene alquilada Pleasence?

—Creo que pertenece a un tal Lom, unos viejos que compraron la casa en su juventud. Creo que nunca han venido por aquí. Al menos desde que yo estoy.

—¿Y quién maneja sus asuntos? ¿Quién alquila la casa en su nombre?

—Pues... Sí. —Trayter pensó unos momentos y soltó—: George Seymour. Tiene una oficina de contratación de apartamentos.

—¿Le conoce usted?

—Sí, le conozco. Aunque no es amigo mío si es a eso a lo que se refiere.

—Trayter. Ahí es donde le necesito a usted.

—¿Qué quiere de Seymour?

—Pregúntele si en verano alquiló la villa de los Lom.

—No es necesario. No había nadie. Eso puedo decírselo con seguridad.

—Habrá alquilado otras.

—¿Y quiere que pregunte los nombres de las personas que alquilaron sus apartamentos?

—Que le de una lista. Dígale que es pura rutina. En fin, yo no tengo que enseñarle su oficio.

—Seymour no está aquí ahora. Vive en la ciudad. Sólo aparece por Agnes Bay en junio para completar los alquileres que le quedan. La mayor parte de los contratos los hace en Los Angeles.

—Humm... ¿Dónde está su oficina? ¿Es fácil acceder a ella?

—¿Trata de decirme que me meta en su despacho sin una autorización?

—Sí, Trayter. ¿Siente escrúpulos?

—Seymour nunca ha dado que hablar... Meterme en su casa así por las buenas...

—El ni se dará cuenta, Trayter —sonrió Lane—. Y puede que tengamos suerte. Una lista..., un nombre basta... La casa debió ser

alquilada en setiembre. ¿No cree que vale la pena intentarlo?

Tras una breve pausa, Trayter murmuró:

—Supongo que si me niego, usted verá el modo de hacerlo...

—Es un caso serio, Trayter. Ése no fue un secuestro cualquiera. Es una banda organizada. Quieren dinero para alguna causa. Eligen a hijos de papá. Ésos van contra todo, precisamente porque lo creen tener todo. Son extraños revolucionarios que lo único que les interesa es tener dinero. Callarán porque con un asesinato de por medio se les pondrían las cosas difíciles, pero son inconscientes. Están haciendo el Juego a una organización criminal. Tenemos que anticiparnos, Trayter. Y no olvide que esto es entre usted y yo...

—¿Tiene alguna prueba de que alguno de mis hombres se halle involucrado en eso?

—Involucrado en la organización de modo directo, no... Pero puede que haya ayudado a alguien... por dinero, claro. Y no tengo ninguna prueba. Sólo digo que podría ser... El silencio en estos casos es lo más adecuado.

—Humm... Está bien. Mañana por la noche iré a esa casa.

—¿Por qué no hoy? Hay tiempo aún, ¿eh? Ande. Yo no puedo ayudarle. Hemos de cubrir las apariencias.

Trayter pensó que sería inútil discutir con Lane. Sonrió y adujo:

—Está bien... Iré a cargarme unos cuantos artículos de la ley. Pero le aseguro que entraré en la oficina de Seymour.

CAPÍTULO VIII

Tras algunos intentos utilizando una llave falsa y mucha maña Trayter se metió en la oficina de Seymour. Buscó entre sus pocos archivos y regresó a la oficina con unos cuantos papeles.

Le pareció que al salir de la oficina en Man Street una puerta se cerraba antes de que él llegara al coche. Se cercioró de que no había nadie y volvió al coche.

En la celda de Lane repasaron juntos los papeles.

—Eso son las entradas de setiembre. La mayor parte de esta gente la conozco. Bueno, por los domicilios. Ya verá que son pocos —dijo Trayter.

—No. No hay mucho en verdad. Y esos nombres no me dicen nada.

Trayter tomó otra hoja y añadió:

—Cogí esto. Parece una copia de los contratos de Los Angeles. Es de la última semana de agosto. Pensé que podría interesarle.

—Déjeme ver —murmuró Lane tomando el papel que le pasaba el jefe Trayter.

Tras echar un vistazo inquirió:

—¿Acostumbra a venir por aquí toda esa gente?

—Algunos. Los otros no sé quiénes son.

—Si usted tuviera que ocultar a alguien en Agnes Bay, ¿dónde lo haría?

—Donde hubiera más gente, claro..., Pero hay un sitio... en la parte vieja. A un par de kilómetros. Ya no vive casi nadie. Cuando se reconstruyó la ciudad aquello quedó prácticamente vacío. Quedan algunos pescadores y vagabundos. Déjeme ver la lista...

Tras observar el escrito, Trayter añadió:

—Algunas casas han sido acondicionadas. Otras están tal cual,

pero siempre hay turistas que prefieren la tranquilidad.

—¿Alguna de esas casas se alquiló en agosto?

—Sí, dos de ellas, pero no es lo que buscamos...

—¿Cómo lo sabe?

—Estoy leyendo, Lane... Los Aries... Unos recién casados. A veces se bañaban desnudos en aquella playa. Mis hombres me lo dijeron. Tuve que limitar sus rondas de aquella parte. Parece que la chica era un monumento.

—¿No la vio usted? —sonrió Lane.

—Una vez, pero vestida. Fue cuando se marcharon. Estuvieron sólo dos semanas.

—Bien. Dijo que había otra casa alquilada.

—Unos amigos de los Candonshan.

—¿Quiénes son los Candonshan?

—Un matrimonio que tiene algunos negocios por aquí. Buena gente.

—¿No hay nada más?

—No.

—Si hubieran escondido al hijo de Grant ahí... ¿Se habría dado usted cuenta?

—No lo sé. Pero se vigila todo el sector.

—¿Y quién vigilaba aquello en setiembre?

—Todos, claro.

—Me gustaría echar un vistazo a aquello, Trayter.

—¿Y con qué excusa le saco de aquí?

—¿A qué hora volverán sus hombres?

—Herning tiene que entrar a las siete.

—Tenemos tiempo. ¿No le parece?

—Por mí... —Trayter se encogió de hombros—. Pero alguien puede darse cuenta de que aquí ocurre algo anormal.

—Eche un vistazo antes de que yo salga, ¿eh? Me meteré bien escondidito en su coche —sonrió Lane.

* * *

No. Lane no iba escondido. Iba esposado y al lado de Trayter. El jefe opinó que era lo mejor.

—Siempre se puede decir que estamos haciendo una

reconstrucción de sus fechorías.

—Usted tiene ideas para todo. Pero me fastidia llevar esto...

—Gajes del oficio —sonrió Trayter.

Lane hizo una mueca de desagrado, pero no protestó.

Ya era plena madrugada cuando llegaron a la parte vieja del pueblo.

La sensación de abandono reinaba por doquier. Sólo una de las casas parecía haber sido reconstruida para ser habitada. Las demás se caían de viejas.

—¿Quién vive aquí? —inquirió Lane cuando Trayter detuvo el coche.

—Ya se lo dije. Tres o cuatro pescadores. A estas horas duermen o están en el mar. Vamos.

—¡Quítame esto!

—No, Lane. Por si acaso —sonrió Trayter.

—Disfruta con eso, ¿eh, Trayter? —soltó Lane.

—Yo no me he buscado todo este trabajo. ¡Vamos! —Le mostró una de las casas—. Esa de ahí no se alquiló, ni creo que se alquile nunca, pero podemos echar un vistazo.

Anduvieron por la arena que invadía la corta calle y pasaron a la casa indicada por Trayter. Lane, ya sin esposas, examinó el interior sin resultado.

Después visitaron la casa de los recién casados. Lane recogió algo del suelo.

Lo levantó y lo mostró a Trayter sin comentarios. Era un sujetador.

Trayter murmuró.

—Eso no lo limpian hasta que empieza la temporada.

—Vámonos. No hay nada.

La siguiente villa era la de los amigos de los Candonshan. No estaba reconstruida como la de los recién casados, pero era perfectamente habitable, con ese sabor de las casas antiguas, frescas en verano, con habitaciones anchas y la sensación de hallarse en un lugar marinero, sin la estandarización de lo moderno.

Mientras Lane buscaba con ojo profesional, Trayter se asomó un instante por una de las ventanas. La luna azulaba la oscuridad y permitía ver el lugar donde el jefe había dejado el automóvil.

Lane palpaba el suelo, miraba las estanterías de mampostería de

la casa, trazaba surcos en el polvo con los dedos.

Se incorporó con un botón azul.

—¿Ha encontrado una pista importante? —sonrió Trayter en tono burlón.

—No se ría. Por menos que esto un criminal ha ido a la cámara de gas.

—Ahora ya no existe la pena de muerte.

—No, por desgracia.

—¿Partidario de ella, Lane?

Pero Lane miraba el botón y murmuró:

—Curioso, ¿eh? Grant iba con una camisa azul. Le faltaban un par de botones.

Trayter lo tomó algo más en serio.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras, Trayter!

—Pero en esta casa...

—Tendrá que averiguar quiénes son esos amigos eje los Candonshan... ¡Ah! Y también si tienen camisas azules con botones azules.

—Estaba temiendo que me lo propusiera —sonrió Trayter.

Ambos hombres se volvieron simultáneamente hacia otra de las ventanas de la casa. Una sombra acababa de pasar fugazmente.

CAPÍTULO IX

—¡Deprisa! ¡Por allí! —dijo Lane a Trayter, mientras él salía por la puerta trasera de la casa.

Alguien se alejaba corriendo por entre los antiguos cercados de los pequeños huertos de las casas abandonadas.

Los dos hombres se encontraron en unos gallineros sin haber dado con la persona que momentáneamente les había estado observando.

Lane observó las huellas en el suelo.

—Es un hombre, no cabe duda... Zapatos del número cuarenta y dos.

—Como Pleasence —recordó Trayter.

—Buen observador... ¡Llamé a Pleasence! ¿Hay algún teléfono por aquí? Seguro que no está en casa.

En aquellos instantes un coche se puso en marcha, y Trayter corrió hasta el sendero a tiempo de ver alejarse un vehículo que huía con las luces de situación apagadas.

El auto de Trayter estaba demasiado lejos para ir hasta él e intentar la persecución.

Poco después los dos hombres se hallaban en una cabina del sendero. Trayter se metió dentro y buscó el número en el listín. Marcó y aguardó.

La voz de Pleasence apareció soñolienta.

—Soy Trayter, siento molestarle. Era para hacerle una pregunta sobre el asalto de esta noche.

—¡Maldita sea, Trayter! Después de lo ocurrido todo el mundo tenía ganas de descansar. ¿No podía haber esperado hasta mañana?

—Usted es el perjudicado, ¿no? Está bien, está bien... Ya le llamaré mañana...

—No, no —protestó el otro—. Diga lo que sea. Ya ha conseguido despertarme.

—Lo lamento... Usted es un contribuyente. Hasta mañana —y colgó.

Salió de la cabina para decir:

—Estaba en casa. Si hubiese sido él quien estaba espiando no habría tenido tiempo de llegar.

—¿Y Marshall? —sonrió Lane. Estaba mirando el dibujo de las ruedas del coche.

—Podría ser, pero... —Trayter quedó pensativo. Lane le observaba. Ninguno de ambos se pronunció, pero poco después, cuando los dos se alejaron con el coche de Trayter, las huellas que quedaron en la carretera eran similares.

Los neumáticos que habían dejado aquel dibujo grabado en el camino podían pertenecer a un coche de la policía...

* * *

Herning fue puntual. A las siete estaba dispuesto a reemplazar al compañero que en este caso resultó ser el propio jefe. Trayter le explicó lo ocurrido la noche anterior y le dejó al cuidado del puesto policial mientras él regresaba a su casa.

—Ya era hora... ¿Pero qué demonios ha sucedido? ¿Puedes explicarme algo o es secreto de sumario? —preguntó la joven señora Trayter.

—Todo a su tiempo. Voy a tomarme un baño y cambiarme la ropa interior —rezongó Trayter.

—¿Es que no vas a dormir?

—No. Y no empieces a hacer preguntas.

—¿Y el niño? Tenías que ir a buscarlo.

—Lo haré si me queda tiempo. ¿Eh? Primero es la obligación. Soy un funcionario. No lo olvides —y se encerró en el baño mientras su esposa levantaba las manos clamando al cielo.

Trayter salió más despejado y se encontró a su mujer resuelta.

—Iré a buscarlo yo.

—¿Con qué?

—Pediré a los Candonschan que me dejen el coche.

—Ahora voy a ver a los Candonschan.

—¿Ahora? —Ella se encogió de hombros y añadió—: Iré contigo.

—No, no. Lo mío es oficial. Ve más tarde.

—¿Oficial? ¿Pero qué pasa, Robert?

—Nada, cariño. Pura rutina, ¿eh? Y no empieces...

—Ya sé, ya sé... Nada de preguntas... Bueno, si vas a meter en la cárcel a los Candonschan pediré el coche a otro. Si tardas en regresar no me encontrarás. Ya sabes dónde estoy.

—No voy a meter a la cárcel a nadie y no discutamos. ¿Tienes preparado el café?

Trayter tomó el café que acabó de despejarle y con el coche oficial fue a ver a Paul Candonschan que entre otros negocios figuraba el de la compraventa de terrenos.

Paul acababa de levantarse y tomaba su café en compañía de su mujer. Trayter pidió para hablar a solas con él.

—Es puro trámite, Paul. Se trata de los amigos que estuvieron pasando el verano en la parte antigua.

—¡Ah! ¿Sí? ¿De qué se trata? No me digas que vienes por un asunto oficial.

—Investigación rutinaria. Me contentará saber lo que tú puedas decirme de ellos.

—Bueno... El chico es un primo lejano... En realidad apenas somos nada.

—Pero tú le conoces.

—Por supuesto que sí. Que yo sepa nunca han dado que hablar... ¿Se han metido en algún lío?

—Yo no sé nada, Paul. Es un informe simplemente. Una rutina.

Paul Candonschan parecía haberse intranquilizado de repente.

—Sentiría que... Yo, Robert... En fin, ya me conoces... Mi primo me pidió una casa para ir con unos amigos.

—La alquilaron dos parejas, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. Ya sabes cómo es la juventud hoy en día. Se divierten.

—Sí, lo hacen cara a cara. Antes, para hacer lo mismo, se escondían... Recuerdo a una de esas chicas... Era muy bonita. Solía hacer las compras en el pueblo. No recuerdo su nombre.

—Ni yo tampoco... —sonrió Paul—. En realidad a los otros no les conocía.

—Esa chica me llamó la atención.

—¿Por qué? —inquirió Paul visiblemente asustado.

—Quizá porque era tan guapa. La vi un par de veces. Uno de mis agentes me dijo: «Está con los amigos de Candonschan». Fue el agente Bell, el veterano. Ése lo sabe todo.

Paul guardó silencio unos instantes y al fin, para decir algo, espetó:

—Bueno... La verdad es que yo no sé nada de esa gente.

—Pareces preocupado, Paul. Si tienes algo que decir que a mí pueda ayudarme...

—No, no. De veras. Mi primo me pidió esto y yo hablé con Seymour. Ya sabes... El del Royal State.

—Sí, sí. Compra, venta y alquiler... ¿De veras no te ocurre nada, Paul?

—No, de veras. Pero me extraña que me hagas esas preguntas.

—Yo sólo te he preguntado una cosa, Paul. Te he preguntado por tu primo. Eso es todo. ¡Ah! Por cierto, ahora recuerdo cómo se llamaba la muchacha. Bell me lo dijo. Su nombre es Jane.

Paul se encogió de hombros y Trayter iba a salir de la casa cuando se volvió para decir:

—¡Ah, Paul! Mi esposa tiene que ir a buscar a Bob. Está con mis suegros en la ciudad. Seguramente te pedirá prestado el coche. Yo sólo dispongo del oficial. Se lo dejarás, ¿verdad?

La intención de la respuesta de Paul era sin duda un sí, pero de repente cambió.

—Tendré que salir. Hoy precisamente... Bueno... Puedo dejar a tu esposa donde ella me diga.

—¡Oh, no! Olvídalo, Paul. Ya nos las arreglaremos. —Y Trayter se fue con la sensación de que aquélla no había sido una visita en vano.

Fue al regresar al puesto oficial cuando observó a algunas personas frente a la puerta que lógicamente no tenían que estar allí.

Bell estaba maldiciendo:

—¡Maldita sea! El preso se ha fugado. Herning le está persiguiendo. He avisado a los demás.

El preso, naturalmente era Lane. Trayter frunció el ceño. ¿Qué nueva complicación había surgido?

CAPÍTULO X

Herning vociferaba frenético:

—¡Maldita sea! ¡Fue Haynes! Ese cochino borracho... En un momento de descuido me quitó las llaves. Dijo que se había olvidado algo en la celda. ¿Cómo podía imaginarme que iba a soltar al otro? De repente les vi salir como una exhalación y Haynes gritaba: «Ahora tendréis trabajo de veras y no gastaréis el tiempo encerrando a hombres sobrios» —y Herning añadió—: Cuando encuentre a Haynes se va a acordar.

—Lo malo es que Haynes tenía razón. Anoche le encerramos sin estar borracho.

—Yo seguí su sugerencia —protestó Herning.

—Una sugerencia no es una orden, pero no discutamos... ¿Hasta dónde has seguido a Smith? —inquirió Trayter refiriéndose a Lane cuyo nombre sólo él conocía.

—He dado vueltas por todo el pueblo. No, no sé. No tengo ni idea. Nadie lo ha visto.

Bell, que atendía el teléfono, pasó un recado.

—Hay la denuncia de un robo de coche.

—¡El preso! —exclamó Herning—. No hay duda. Que den la matrícula. Avisaremos a las patrullas.

—Calma, calma. Primero hay que hacer comprobaciones.

Bradford y Taps aparecieron casi al mismo tiempo.

—Bell nos advirtió —dijo el primero—. Pero no hay rastro de ese tipo.

—Ni de Haynes —repuso Taps—. Pero ése volverá.

Bell les pasó la nota del coche robado. Era una furgoneta.

—¿La habéis visto?

Los dos hombres negaron. Herning pidió instrucciones.

—Seguid buscando. Tú, Herning, quédate en el puesto. Los demás cada uno a su coche. Yo iré también. El que primero encuentre una pista, que se ponga en contacto con los demás.

* * *

—¿Ha visto algo, juez Simmons? —gritó Trayter dirigiendo al hombre que se hallaba pescando sobre el viejo embarcadero de la parte antigua.

Simmons, hombre de pelo cano y una gran serenidad en la mirada, se había retirado del ejercicio de la justicia mucho antes de la edad reglamentaria. Ahora vivía todo el año en Agnes Bay dedicado a su *hobby* preferido, la pesca.

El ex juez se volvió hacia Trayter que había dejado su automóvil al principio de las dunas y agitó la mano.

—¿Qué le trae por aquí, jefe Trayter? —sonrió sin soltar la caña.

—Le preguntaba si ha visto a alguien...

—¿Quién quiere que venga por aquí? Afortunadamente nadie me importuna en este pequeño paraíso. ¿Es que busca a alguien?

—Simple rutina. Se ha escapado un preso.

—Ignoraba que tenía un preso. ¿Algún borracho habitual?

—No, no. Un salteador... Bueno, alguien que anoche cometió un atraco. Se ha fugado. Haynes lo ha soltado para vengarse de nosotros.

El juez sonrió.

—Afortunadamente he dejado ya todo esto. No me ocupo de nada más que de lo mío. Pero puedo asegurarle que aquí no ha venido nadie.

—Entonces se habrá largado por la carretera general... ¡Que se divierta, juez!

El ex magistrado se volvió repentinamente interesado.

—¿Es un atracador?

—Sí. Convicto y confeso.

—Pues que tenga suerte, Trayter.

—Adiós, juez —y Trayter volvió a su coche. Dio un rodeo y se detuvo detrás de un cañaveral. Luego a pie se volvió para meterse entre las edificaciones de la parte vieja.

No se había equivocado. Lane estaba en la misma casa donde la

noche anterior había encontrado el botón azul.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Trayter.

—No podía negarme al gentil ofrecimiento de su borracho. Se supone que soy un delincuente.

—Y ahora oficialmente hemos de buscarle por todas partes.

—¿Ha venido para decirme esto, Trayter?

—Escuche, entre otras cosas ha conseguido usted que sospechara de Candonshan. Es evidente que mi interrogatorio le ha puesto nervioso. De repente parece que tiene que ir a la ciudad. Me proponía seguirle, pero necesitaba hablar primero con usted.

Lane se volvió hacia Trayter y con frialdad expuso:

—Hay manchas de sangre en un trapo que estaba tirado a un rincón. Por lo visto se les pasó. Esto es serio, Trayter. Yo seguiré a Candonshan.

—¿Usted?

Lane se arrancó la peluca y comenzó a sacarse todos los vestigios de maquillaje.

—Así nadie va a conocerme. Deme el número de la matrícula del coche de Candonshan. ¡Ah! Y las señas de Seymour en Los Angeles...

Trayter se las anotó rápidamente en una hoja de bloc advirtiéndolo.

—Tenga cuidado. El ex juez Simmons está pescando. No se mete con nadie, pero he tenido que hablarle de usted para saber si le había visto.

—No se preocupe.

—¿Qué utilizará? ¿La furgoneta que ha robado?

—No. Ésa la he dejado al otro extremo, bien camuflada. Tengo una moto.

—¿De dónde la ha sacado?

—La tenía escondida hace tiempo. Esto no lo he preparado en un día, Trayter. Ahora me largaré y con esta cara ya no van a conocerme. —Y Lane quemó las señas que Trayter le había facilitado. Antes de irse añadió—: Ya sabrá de mí.

Fue entonces cuando apareció la muchacha. Era joven, bien parecida y miraba por las ventanas de la planta baja de la casa.

Lane hizo un ademán a Trayter y éste, pegado a la pared, observó a la joven.

—Es Jane —murmuró Trayter reconociéndola—. Era una de las dos chicas que estuvieron aquí cuando el primo de Paul Candonshan alquiló la casa.

—Sería interesante saber qué viene a buscar. ¿No vamos a recibirla?

—¿No iba a seguir a Candonshan?

—De eso pueden ocuparse otros... Usted mismo, Trayter. Llame a la central. Explíqueles lo que ocurre. Que la patrulla siga el coche de Candonshan, que se releven... Bueno, ellos ya saben lo que tienen que hacer. Usted de la orden. Váyase, váyase... Yo, me ocuparé de esa chica. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Jane —repitió Trayter.

La muchacha estaba intentando abrir la puerta para entrar.

CAPÍTULO XI

Jane caminó furtivamente. Sin duda temía ser descubierta, pero sus precauciones estaban condenadas a ser nulas. Y cuando Lane apareció de pronto, ella no pudo evitar un sobresalto.

—¡Cielos! ¡Me ha asustado! Creí que no había nadie... —murmuró ella.

Lane, con su aspecto real, joven y hasta risueño, avanzó hacia ella.

—Sólo se asustan los que no tienen la conciencia tranquila...

—¡Oiga! Si cree que yo he venido para...

—¡No me diga a lo que ha venido! —cortó él—. Supongo que estamos en el mismo caso. A mí me gusta ir por ahí de un lado para otro. Lo malo es que si uno quiere dormir con cierta comodidad tiene que pagar en los hoteles. Y por qué pagar mientras existan casas deshabitadas, ¿no cree?

—Yo estuve aquí hace unos meses... A finales de verano —dijo ella.

—¿Está deshabitado esto en verano? —sonrió él tratando de ganarse la confianza de Jane.

—No, no... Nosotros pagamos... Bueno... Mis amigos pagaron...

—Sus amigos tienen dinero, ¿eh?

—Bueno, no sé... Ellos me invitaron.

—Y usted lo pasó bomba. Tanto que ahora quiere volver, pero esta vez sin pagar.

—No, no. Se equivoca otra vez. Olvidé unos pendientes. No es que valgan mucho, pero es un recuerdo.

—¿Y ha venido de muy lejos para recuperar esos pendientes?

—No he venido expresamente —se excusó ella un tanto nerviosa.

—Éste no es un lugar donde precisamente pueda irse de paso.
¿Eh?

—¿Por qué diablos hace tantas preguntas?

—¡Oh, por nada! ¡Al contrario! Si le molesta me callo. ¿Sabe qué pienso? Podríamos pasar unos días juntos aquí, ¿eh? Estar solo es muy aburrido.

—No, gracias. Tengo que regresar. Mañana es lunes y trabajo.

—¿Y dice que no ha venido expresamente...? Vamos, nena...
¿Qué buscas en realidad? Cuéntalo todo a papá Johnny, ¿eh?

Se le acercó. Ella no se sentía demasiado cómoda y espetó:

—¡Unos pendientes, demonio! Es todo lo que quiero encontrar...

—Está bien, está bien. La ayudaré a buscarlos.

Jane buscaba sin demasiado entusiasmo y Lane se dio cuenta que lo de los pendientes muy bien podía ser una excusa para no decirle la verdad de su presencia en la casa.

La muchacha buscaba algo cerca de la lumbre. Lane rió:

—¿Espera encontrar sus pendientes entre los rescoldos del fuego?

—¿Eh? —Ella se incorporó, al mismo tiempo que la figura del ex juez apareció por una ventana.

Lane tomó a la muchacha y la abrazó con fuerza besando su boca con ardor.

Ella, al principio, pugnó por apartarse, pero al fin quedó vencida por la fuerza de su oponente.

Cuando él la soltó el juez se alejaba.

—No voy a disculparme —sonrió él—. Pero he tenido que hacerlo. Ese que nos estaba mirando es un juez... De los enamorados casi nunca se duda.

—¿Eh? —inquirió ella observando al hombre del pelo cano doblando por la casona de la esquina de la playa—. ¿Un juez?

—Sí. Un juez. A esa gente a veces les da por hacer preguntas.

—¿Cómo sabe usted que es un juez?

—¡Porque lo sé! Un vagabundo como yo tiene que saber lo que le conviene. ¿No?

—¡Usted no es un vagabundo!

—¡Cuidado que vuelve! —advirtió él y sin dejarla volverse la abrazó, besándola nuevamente.

Esta vez el beso fue más largo y cuando ella se volvió no había

nadie.

—¡Me has mentido! ¿Quién eres tú?

—Alguien que tal vez busca lo mismo que tú —sonrió él—. Y no son unos pendientes. —Lane acentuó su sonrisa. Ella pareció asustarse.

—¿Quién eres... qué buscas?

—¿Por qué te asustas?

La muchacha hizo intención de huir. Lane la alcanzó. Tuvo que lanzarse contra ella como un jugador de *rugby* ante un enemigo. Rodaron los dos por el suelo.

—¡Suéltame!

—¡No, gatita! No te soltaré.

—¡No tengo nada que ocultar! —exclamó ella. Y se puso en guardia.

—Bien. Ahora ya sé que temes algo... Espero que me digas de qué se trata, de lo contrario llamaré a la policía. Palabra. El jefe Trayter hace frecuentes visitas a este lugar. ¿Sabes?

El corazón de Jane latió con más fuerza. Lane lo notó.

—¿Por qué no me dices lo que buscas y yo te ayudo a buscarlo?

—¡Busco unos pendientes! —recalcó ella—. Y si no me dejas salir, no me importa.

—Bien. Presiento que vamos a pasar unas deliciosas vacaciones —sonrió Lane.

* * *

Al anoecer, Trayter tenía un informe completo.

—Candonshan —repitió tras releer las notas que había tomado...

Una llamada telefónica interrumpió sus pensamientos. Era Julie, su mujer.

—¡Bueno! —exclamó ella a través del receptor—. Ya estoy de vuelta por si te interesa saberlo.

—¡Oh, Julie! Lo siento. He tenido mucho trabajo. ¿El niño está bien?

—Deseando verte, pero está agotado, lo he acostado.

—Bien hecho. Iré cuando pueda, cariño.

—Lo supongo. ¡Ah! Por si te interesa te diré que mis padres también están bien. Me han dado recuerdos para ti.

—Gracias, cielo. Procuraré ir cuanto antes. —Colgó y volvió al informe.

Un informe que nunca hubiera podido sospechar:

«Candonshan visitó una casa de Canal Street. Estuvo media hora en el número 920, 2.º piso. El inquilino de la casa es un tal Horacio Stewens, fichado por delitos de poca monta. Ha cumplido varias condenas. Ha sido matón y guardaespaldas. Actualmente se ignora de qué vive».

Eso era lo que había de Candonshan.

—Quién iba a suponerlo —se repetía el jefe Trayter, cuando Herning le interrumpió.

—Bien... Ya estoy aquí, jefe.

Era la hora del relevo. Herning tenía que pasar la noche en el puesto.

—Al preso se lo ha tragado la tierra, ¿eh? ¿Qué han dicho los de la central?

—Nada, Herning, nada. Voy a hacer un par de cosas. Antes de una hora estaré en casa. Si ocurre algo llámame allí, ¿eh?

—Sí, jefe.

Fuera Bradford acababa de llegar.

—Todo en orden, jefe Trayter. Dentro de lo que cabe, claro.

—Puedes ir a tu casa, Bradford. La noche se presenta tranquila. Al menos eso espero.

Trayter aguardó a quedarse solo para tomar el coche y dirigirse a la casa donde Lane seguía escondido.

Aparcó el coche entre unas ruinas para que pasara inadvertido y se dirigió hacia el inmueble.

Fue entonces cuando sonó un disparo. Los cristales de una ventana se hicieron añicos y, a continuación, se produjo otra detonación.

Trayter corrió al ver que alguien trataba de huir amparado en la oscuridad.

La voz de Lane surgió de los bajos de la casa.

—¡Por ahí, Trayter! ¡Atrápele!

La sombra que huía hacia un vehículo se volvió y abrió fuego contra Trayter que tuvo que tumbarse al suelo en evitación de que la siguiente bala le alcanzara.

Cuando el fugitivo reemprendió la huida Trayter le persiguió disparando al aire para intimidarle al tiempo que gritaba:

—¡Deténgase!

El agresor se volvió disparando al azar, pero Trayter le aventajó metiéndose por entre unas ruinas.

A pocos metros había un coche, sin duda era hacia allí donde se dirigía el fugitivo. Trayter intentó cortarle el camino. El que huía disparó un par de veces.

El policía le reconoció:

—¡Marshall!

El joven Marshall intentó disparar una vez más, pero su arma carecía de munición.

Se vio acorralado y trató de tomar otra dirección. Entonces sonó un nuevo disparo y la carrera del joven quedó cortada para siempre.

Lane llegó jadeante junto al cuerpo de Marshall. Trayter ya estaba allí.

—No debió dispararle. Iba a cogerle, Lane.

—¡Pero si yo no he sido, Trayter! Ahora no he sido yo. ¡Maldita sea!

—¿Seguro que no ha sido usted?

—¿Quiere que se lo jure delante de una Biblia?

El motor de un coche se puso en marcha en aquellos momentos.

Trayter, sin vacilar, corrió hasta el coche gritando:

—Sea quien sea le alcanzaré.

Lane se quedó junto al cadáver del joven. Tras él apareció muy asustada la muchacha que respondía al nombre de Jane.

CAPÍTULO XII

El fugitivo había tomado considerable ventaja a Trayter que le perseguía con el coche policial haciendo sonar la sirena.

El polvoriento camino se había convertido en una auténtica nube que dificultaba la visibilidad de Trayter que sin embargo, buen conocedor del terreno, pisaba a fondo tratando de ganar kilómetros.

El coche que iba delante conducido por el asesino del joven Marshall se había salido del camino metiéndose por un descampado por donde tenía que sortear montones de baldosas, piedras y otros materiales propios para construir.

Trayter siguió la misma ruta intentando cortarle el paso.

En un momento determinado, al enfocarle los faros, vio perfectamente el vehículo.

—La furgoneta que han robado.

La furgoneta se metió por una depresión y Trayter sonrió triunfante.

—Se dirige a las cloacas. No tendrá salida. ¡Te has caído, amigo! —dijo para sí.

Se aproximó y vio al vehículo que seguía detenido al fondo de la breve depresión. Salió del coche oficial con la pistola reglamentaria en la mano.

—¡Salga de ahí! —ordenó.

Los faros de su coche alumbraban perfectamente el otro vehículo. Pero nadie salió de él. El ocupante había huido.

Trayter saltó hacia abajo y llegó hasta la embocadura de la cloaca. Era un viejo desagüe de los tiempos en que la porquería iba directamente al mar, antes de construir el emisario submarino.

Con la ayuda de una linterna Trayter alumbró el interior del

antiguo colector.

El haz de luz no reveló la presencia de nadie, sin embargo Trayter sabía que el fugitivo se escondía allí dentro.

Avanzó unos metros y se detuvo al escuchar el ruido de un motor. Se volvió. Alguien se aproximaba. Se pegó a la pared y esperó.

Apagó la luz. Del exterior le llegaban las sombras clareadas por la luna. Dentro, el silencio era completo.

Las pisadas del recién llegado se aproximaban a la boca del colector.

Por fin apareció el hombre.

—¡Trayter!

El policía enfocó su luz. Había reconocido al que le llamaba: Lane.

* * *

Lane había llegado con la motocicleta. Trayter le explicó la situación.

—¿Dónde hay otra entrada? —preguntó Lane refiriéndose al colector.

—Las que había están anuladas. A un par de kilómetros hay sitio para meterse. Están haciendo los cimientos de un nuevo bloque de viviendas.

—Pues no perdamos tiempo. Vaya usted. Yo me quedo aquí. Le atraparemos...

Trayter asintió. Regresó al coche y puso rumbo a la única salida del viejo colector.

Cuando llegó era ya demasiado tarde, el fugitivo había huido.

Siguió por el túnel hasta encontrarse con Lane que iba a su encuentro.

—No ha podido tener tiempo —se lamentó Trayter—. Por más que haya corrido.

—Entonces quizá no se haya metido por aquí —apuntó Lane.

Trayter, ya en el exterior, miró alrededor y Lane inquirió:

—Si usted tuviera que huir... ¿Dónde se escondería?

A lo lejos brillaban las luces de una calle corta que desembocaba al sendero de la parte vieja del pueblo. Allí vivía el veterano Jack

Bell. Trayter quedó pensativo.

—Vuelva a su escondrijo, Lane —murmuró por toda respuesta—. Me reuniré con usted. Habrá que dar parte del asesinato de ese muchacho. Y no me gusta nada esto.

—Lo siento, Trayter.

—Usted lo siente, pero de momento tengo que dar la cara yo.

—Ya, ya... En fin... Usted vino a decirme algo, ¿eh?

—Sí. Luego. Ahora vuélvase con su motocicleta.

—Trayter, oiga. Tengo que decirle algo que quizá no le guste...

—Suéltelo y veremos.

—No pretendo imponerme a sus métodos, pero yo tengo los míos. Esto quiero llevarlo a mi modo.

—¿Y cuál es su sistema? ¿Convertir Bay Agnes en un poblado del Oeste, del siglo pasado?

—De momento no denuncie la muerte de Marshall.

—Marshall no es un cualquiera. ¿Qué pretende? ¿Qué me despellejen?

—Es una orden, Trayter. Aunque no le guste.

—Entonces le devolveré mi placa. —Y dándole la espalda Trayter se alejó. Lane hizo lo propio montando en la motocicleta.

Poco después Trayter se hallaba cerca de la entrada de la casa de Jack Bell, un pequeño edificio con planta y piso. Llamó.

Apareció Bell en mangas de camisa y un viejo pantalón.

—Hola, Trayter. ¿Ocurre algo? Iba a acostarme. Por casa me gusta estar cómodo.

—¿No has oído antes mi sirena? Pasé cerca de aquí.

—No. Sube y oirás el ruido. La tele está a todo volumen si no mi mujer no se entera de nada. Es sorda. Ya sabes, y esta vieja casa está construida a prueba de ruidos. No es como las que hacen ahora.

Y ante el silencio de Trayter inquirió:

—¿Es que pasa algo?

—Ya hablaremos mañana, Jack.

—Si me necesitas... Me visto en un momento.

—No, gracias. De momento, no.

El veterano agente se quedó rascándose la coronilla mientras Trayter se alejaba.

Ya en el coche, Trayter observó el viejo automóvil de Jack Bell.

Apenas lo utilizaba. Estaba allí en el callejón sin salida que pertenecía a la casa.

* * *

Lane había retirado el cadáver del joven Marshall dejándolo cubierto con unos trapos en el cobertizo de la parte trasera de la casa.

Trayter, tras un largo silencio, dijo:

—Bien. Ya le he contado lo de Candonshan. La verdad es que no me lo esperaba.

—Nunca se llega a conocer demasiado bien a la gente, Trayter. Pero si Candonshan tiene tratos con Horacio Stewens es mal asunto. Stewens es un mal sujeta. Un matón y pistolero al que nunca se le ha podido probar nada serio.

—Candonshan nunca ha dado ningún escándalo. No es posible que...

—Hay muchas cosas que parecen imposibles, Trayter. Usted tiene suerte de estar aquí. Es un lugar tranquilo.

—Ahora parece que ha dejado de serlo.

—Sí, y tenga cuidado. Lo de hoy iba para mí. Han intentado matarme...

Un ruido distrajo la atención de Lane. Trayter miró hacia arriba e iba a preguntar algo cuando su colega espetó:

—¡O tal vez no! Tal vez el atentado no era en mi honor...

—¡La chica! ¿Está arriba? —exclamó Trayter.

Lane asintió:

—Estaba contándome una bonita historia cuando comenzaron los fuegos artificiales. Nos veremos más tarde. Le llamaré.

—¡Eh, eh! No tan deprisa. Yo tengo que hacer algo. No puedo irme a acostar dejando las cosas como están.

—Vaya a su casa, Trayter y tenga cuidado. Yo le llamaré. Descanse un par de horas, le van a hacer falta.

—En Agnes Bay soy yo quien lleva la iniciativa de las cosas. No me gusta cruzarme de brazos. He pasado una noche sin dormir y pasaré las que hagan falla si es preciso, pero aquí se ha cometido un crimen y averiguaré quién ha sido. Así que...

—Espere, cabezota. Espere... Déjeme al menos que hable con

Jane. Yo también ando un poco a ciegas, pero si ponemos fuego a la mecha corremos el riesgo de volar sin descubrir nada. Vamos.

CAPÍTULO XIII

Jane parecía asustada, y la presencia del jefe Trayter acabó de intimidarla.

—Ya no hay por qué andar con tapujos —dijo Lane—. El es el jefe de la policía de aquí. Creo que le conoces.

La muchacha asintió:

—Le vi un par de veces en el supermercado —musitó.

—De acuerdo. Ya vamos conociéndonos. Yo también soy policía, no tengo por qué negarlo. Y no me importa que lo sepas porque no vas a salir de aquí...

—Pero yo... —empezó ella.

—Estos disparos eran para ti, ¿verdad? ¿Quién más sabía que ibas a venir a esta casa?

Ella hizo un gesto negativo.

—¿No te dice nada el nombre de Marshall?

Jane volvió a negar y Lane replicó:

—Pues él sí debía conocerte, porque disparó justo cuando tú asomabas por la ventana.

Jane agrandó los ojos.

—Sí, muñeca. La bala era para ti. Y el que disparó se llamaba Marshall. Conviene que refresques la memoria, porque no me extrañaría que alguien quisiera terminar lo que él empezó.

—¡Por Dios! Yo no sé nada...

—¿Quieres que te refresque la memoria? Bajaremos al cobertizo. Podrás ver al sujeto que tanto interés demostraba por ti.

La agarró con fuerza obligándola a seguir. Trayter se interpuso.

—Permítame. Yo la acompañaré.

—Se siente padre de familia, ¿eh? Tenga cuidado con esa arpía...

La muchacha se sintió más tranquila al lado de Trayter que la condujo hasta donde estaba oculto el cuerpo de Marshall.

Jane ahogó una exclamación al ver el cadáver. Se volvió y se encontró ante Lane que le preguntó:

—¿Qué? ¿Empieza a funcionar mejor tu memoria?

—¡Yo no le había visto nunca, palabra! —aseguró ella.

—Está bien, está bien. Se ve que quería matarte por simple placer.

—No lo sé. No sé nada...

—Antes habías empezado a contarme una historia... ¿Por qué no sigues?

—Yo no sabía que usted era policía —murmuró ella.

—Un oficio como cualquier otro. Y no me llames de usted. Habíamos empezado a tutearnos...

Tras un silencio Jane miró a los dos hombres y resolvió:

—De acuerdo. Diré todo lo que quieran saber...

* * *

Estaban de nuevo en el interior de la casa. Trayter se hallaba cerca de la ventana mirando al exterior, pero sin dejar que su silueta se recortara.

Lane, en pie, miraba a Jane que permanecía sentada.

—Te lo dije antes —decía ella— un amigo me invitó a pasar unos días. Dijo que había alquilado una casa y que seríamos dos parejas. Yo acepté. No había ningún mal en ello.

—¿Cómo se llamaba ese amigo?

—Bill. Bill Feldman.

Lane miró a Trayter y éste asintió.

La casa había sido alquilada con el nombre de Feldman.

—¿Te dijo Feldman que tenía un pariente aquí? —intervino Trayter.

—No —negó Jane.

—¿No te habló de un tal Candonschan?

—¡No! Bueno... creo que le oí una vez ese nombre... hablaba con el otro chico, pero no me acuerdo de qué se trataba. No era asunto mío.

—¿Vinisteis los cuatro? ¿Nadie más? —siguió preguntando Lane.

—No... Bueno. —Ella dudó un instante y añadió—: Sé que al principio estuvimos solos. Después ya no lo sé... Una vez me pareció oír una voz, pensé que había otra persona. Sé que una noche estuve buscando y de pronto apareció Bill. Tuve la sensación de que todo había cambiado en aquel instante... Ya no eran unos días de placer los que estábamos pasando. Ellos, Bill y el otro, parecían tener miedo. Nunca estaban los dos a la vez, se iba uno y volvía el otro y yo... yo me sentía espiada.

Los dos policías cambiaron una mirada y Lane inquirió:

—El que estaba fuera podía estar vigilando algo... o a alguien, ¿no?

—No lo sé.

—¿Hay algún escondrijo en esta casa?

Ella vaciló. Tenía miedo.

—Vamos, Jane. Estás metida en un lío aunque finjas no saber nada.

—Yo no he hecho nada malo —protestó la muchacha.

—No la atosigue, Lane. Puede que diga la verdad.

—Ya has oído a tu defensor, nenita —sonrió Lane—. Pero yo también deseo saber la verdad. Aquí en esta casa había escondido alguien... Alguien al que secuestraron. Y tú no lo sabías, ¿eh?

—¡Dios mío!

—Vamos. Ibas a decir algo...

—No estoy muy segura, pero... —Se incorporó y con un ademán les indicó que la siguieran—. En la cocina, debajo de la nevera eléctrica —dijo ella.

Los dos hombres separaron la nevera y observaron la trampilla.

—¡Quédese con ella, Trayter! —ordenó Lane—. Yo bajaré. ¿Tiene una linterna?

Trayter le dio la suya y se quedó junto a la asustada Jane mientras Lane descendía al sótano.

CAPÍTULO XIV

La policía conocía bien a Horacio Stewens. Lo que nadie sabía es que Horacio estuviera en Agnes Bay a aquellas horas.

Era un tipo alto, fornido, con una sonrisa cínica y una expresión de triunfo en el rostro. Se sabía poco más que invencible en cuestiones de fuerza.

En esos momentos había descendido de un «Pontiac» marrón claro muy cerca de la vivienda de Trayter. Echó un vistazo como si quisiera medir el terreno y se aproximó a la cerca que delimitaba el pequeño jardín.

El perro ladró brevemente. Horacio Stewens observó al animal con ojos asesinos y se alejó sin prisas hacia su automóvil.

En aquel mismo instante, Lane salía del subterráneo murmurando:

—Un excelente escondrijo, Trayter. Y mire —mostró unas cuerdas y un pañuelo sucio.

Trayter tomó en sus manos aquellos objetos y los devolvió a Lane.

—Apostaría que esas cuerdas mantuvieron inmóvil a Grant. Y con ese pañuelo debieron mantenerle cerrada la boca. —Y volviéndose hacia la muchacha le preguntó—: ¿Tampoco has oído hablar de Johnny Grant? ¡Vamos, contesta!

—¿Es el... que secuestraron? —inquirió ella aterrada.

—Ya vas recordando.

—Lo leí en el periódico... Oí como lo comentaban. Es todo lo que sé —aseguró Jane—. ¡No irá a decirme que estuvo aquí!

—Yo no voy a decirte nada. Eres tú la que continuarás hablando hasta que me canse de oírte... ¿Insistes en que viniste a recuperar unos pendientes?

Tras un silencio Jane negó.

—No. Alguien me pidió que viniera aquí.

—¿Quién y para qué? —preguntó Lane.

—Era un amigo, Bill Feldman. Me dijo que me convenía acudir para buscar algo. Que podríamos ganar mucho dinero y que todo era legal. Les digo la verdad.

—¿Te parece legal entrar en una casa que no es tuya?

—Bueno... Yo no entiendo de esto, pero la persona que me lo propuso debía saberlo. Es policía —afirmó ella.

Trayter avanzó decididamente hacia la joven.

—Repita eso.

—Sí, sí... Sé que es policía. Anteanoche estuvimos en el cine y me habló de esto.

—¡Herning! —exclamó Trayter—. Lane, usted dijo que uno de mis hombres...

Se interrumpió. Los dos hombres miraban fijamente a la muchacha.

—Sí. Herning es su nombre —repitió ella.

Tras un largo silencio Lane dijo lentamente:

—O estás mintiendo o te trajeron aquí para matarte.

Ella sintió un escalofrío y espetó:

—He dicho la verdad. Lo juro.

Trayter intervino.

—Suponen que sabe demasiado. Temen y han querido eliminarla. Ahora sólo falta saber si fue Herning el que efectuó los disparos.

—¡Dios mío! Pero yo no he hecho nada malo —exclamó ella.

—Quédese con ella, Lane. Yo tengo que hacer una comprobación —dijo Trayter y salió de la casa.

Lane dulcificó su voz. La muchacha seguía aterrada y él procuraba tranquilizarla.

—Bueno, no... no ocurrirá nada, pero debes ayudarme. Trata de recordar todo lo que sucedió aquí mientras estuviste con ese Feldman y la otra pareja.

—Ya lo intento.

—¿Has hablado de eso con alguien? —inquirió—. Me refiero a donde trabajas. ¿Has hecho comentarios?

—Con las amigas, sí, algunas veces.

—Bien, intenta recordar... Por cierto, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo en una fábrica de productos químicos. Estoy en la sección de envasado. No se gana mucho dinero, pero yo no pude cursar estudios superiores, ¿sabes? Es difícil prosperar, por eso cuando se presenta una oportunidad quiero aprovecharla. Herning me dijo que podía ganar dinero y yo... acepté venir. No iba a desconfiar de un agente...

Lane quedó pensativo. Jane continuó hablando, definiendo su carácter sencillo, sus ambiciones de muchacha sin recursos, su inseguridad ante la vida.

Lane escuchaba.

* * *

Trayter hizo una llamada telefónica desde su casa, donde entró y apenas si saludó a su mujer.

—Tengo que hacer. No me preguntes. Las cosas se complican —dijo e inmediatamente se puso en contacto telefónico con Linda Neespar.

Julie, al oír aquel nombre, arqueó las cejas. ¡Linda Neespar! Dos noches antes habían estado hablando de ella.

—Soy Trayter, Linda. Me recuerdas, ¿verdad? —dijo el policía y sin esperar respuesta preguntó—: ¿Puedo saber con quiénes estuviste hace un par de noches?

La voz de Linda sonaba algo confusa. Julie no podía oírla, pero sí escuchó a su marido insistir:

—No. No está prohibido que salgas con quien le plazca, pero me interesa la persona con la que estuviste anteayer. Sé que fuiste al cine.

Linda fue tajante.

—Sí. Fui al cine con un chico, pero si quiere saber quién es, tendrá que averiguarlo.

—¡Maldita sea, Linda! Esto es oficial, no me obligues a que tenga que ir personalmente, pero no dudes que lo haré. Ya me conoces.

Julie, oyéndole, hizo un mohín de estupefacción.

Linda repuso:

—Está bien, ogro. No tiene por qué temer, no salí con ningún

criminal. Usted le conoce perfectamente. Salí con Herning, uno de sus muchachos.

Trayter quedó de una pieza.

—¿Estás segura de que era Herning?

—¡Trayter, por Dios! ¿Cómo no voy a estar segura?

—Bien, gracias. Pero tendrás que confirmar esto. —Colgó con una pregunta flotando en su mente.

¿Quién de las dos chicas había mentido? ¿Jane o Linda? Porque era indudable que las dos a la vez no habían podido salir con Herning aquella noche.

—Adiós, Julie —resolvió que estando en casa jamás averiguaría la verdad—. Será mejor que no me esperes. ¡Oh! A estas horas ya deberías estar acostada.

CAPÍTULO XV

Cuando Trayter entró en el puesto de policía se encontró con Herning muy risueño que tenía un recado para él.

—Ha llamado un tipo. No quiso decir su nombre. Quería hablar con usted. Dijo que era importante. Supongo que volverá a llamar.

Trayter miraba con atención a Herning. Pensó en el atentado que había sufrido Jane y preguntó:

—¿Te has movido de aquí por algo, Herning?

—No, jefe.

Trayter pensó que no había modo de saber si Herning mentía y ante todo tenía que aclarar con quién había ido al cine la noche del viernes.

Se sentó tras su mesa y buscó en un listín telefónico. Cuando halló el número de la casa donde se hallaba Lane, llamó por la línea privada. No obtuvo respuesta y se extrañó. ¿Se habrían marchado Lane y la muchacha o acaso había otro contratiempo en puertas?

—Herning —ordenó—. Llama a Bradford. Puede que le necesite.

—¿Esta noche? ¿Es que hay jaleo?

—Tú llámale y nada más. ¡Ah! —añadió—. Voy a salir. Espero no tardar. Cuando llegue Bradford, dile que espere.

—Sí, jefe. —Herning no ocultó su extrañeza, pero se limitó a cumplir el encargo.

Mientras marcaba el número irrumpió en la oficina Lane acompañado de la muchacha, Jane.

Trayter iba a decir algo, cuando Herning, hablando por teléfono, cambió de expresión al ver a la joven. No había duda de que se conocían.

—¿Se ha vuelto loco? —susurró Trayter en un rincón de la oficina.

Lane se llevó el índice a los labios. Herning colgó el teléfono y murmuró:

—Bradford vendrá enseguida, jefe.

Se hizo un silencio. Jane miraba hacia el agente Herning y éste parecía turbado.

—Hola, Dan —saludó ella.

—¿La conoces, Herning? —preguntó Trayter.

—Sí, sí... Somos viejos amigos...

—Nos conocimos en setiembre, cuando estuve aquí —aclaró ella—. Se lo he contado todo a Lane. Dan Herning vino algunas veces a hablar con los chicos.

—Es natural —repuso Herning con un tono que sonaba a excusa—. Yo hacía mi ronda.

—Jane —adujo Lane—. ¿Con quién estuviste el viernes por la noche?

—Con Dan Herning, en el cine —corroboró la muchacha.

—¿Es cierto, Herning? —inquirió Trayter.

—Bueno, sí. Estuve con ella —asintió de mal talante.

—¿Por qué dijiste que habías estado con Linda? —insistió el policía.

—No lo sé... Una estupidez... La verdad es que pensaba salir con Linda, pero a última hora... —tartamudeó Herning.

—He llamado a Linda hace poco. Ella me aseguró que había ido contigo. ¿Le pediste que mintiera si alguien le preguntaba?

Herning guardó silencio.

Trayter se aproximó a la mesa de su agente, se sentó frente a él y con tono persuasivo dijo:

—Herning... Ese hombre que ha llegado con Jane es Lane, el inspector que esperábamos."¿Sabes? Anda detrás de algo y apostaré a que tú lo sabes. Debes decirlo, Herning. Estás en una situación un poco delicada. Lo comprendes, ¿verdad?

—No creo que tenga nada que decir —musitó el agente.

Lane avanzó.

—Si le queda algo de respeto por ese uniforme, demuéstrelo, Herning. ¡Vamos!

—¡Cierre la boca! —espetó Herning—. Usted no sabe nada.

—¡No me grite! —estalló Lane.

Trayter cortó la discusión soltando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Maldita sea, Herning! Ya tengo bastantes complicaciones fuera de mi oficina para que alguien me las cree desde dentro. ¡Cállense los dos! ¡Y tú!, Herning, suelta lo que tengas que decir. O te acuso de intento de asesinato.

—Pero... ¿qué dice?

Bradford apareció en la estancia acompañado de Taps.

—¿Ocurre algo, jefe?

—¡Ah, Taps! —exclamó Trayter al ver al más joven de sus agentes—. No te pedí que vinieras, pero me alegro que estés aquí, quizá te necesite.

Bradford explicó:

—Me lo encontré al salir. Le dije que venía hacia aquí y quiso venir.

—Me alegro poder ser útil —repuso Taps—. ¿Pero qué pasa aquí?

Trayter se volvió hacia Herning y con voz grave ordenó:

—Herning, tengo que detenerte. Saca todo lo que tengas en los bolsillos. Bradford, enciérrale y tú, Taps, ve a buscar a Linda. No me importa la hora que es. Tráela aquí. ¿Crees que podrás hacerlo solo?

—¡Claro que sí! Pero... ¿puede explicarme alguien qué ocurre?

—Luego. Y tú, Herning, si tienes algo que decir hazlo cuanto antes...

—Sí, tengo que decir que se equivoca conmigo, jefe. Se equivoca de medio a medio. Y voy a decírselo. Y me gustaría hacerlo en privado... Si es necesario lo repetiré después delante de testigos.

Trayter asintió:

—De acuerdo. Vamos al otro despacho.

—Estamos perdiendo mucho tiempo, Trayter. Yo también tengo algo que decirle. Y eso pueden oírlo todos... ¿Sabe dónde trabaja Jane? En la compañía Vulcano. Químicas Vulcano. ¿A alguien le dice algo ese nombre?

Taps aún seguía en la estancia. Trayter aprovechó el silencio que se produjo tras la pregunta de Lane para decir:

—Vamos, Taps, traiga esa chica. Ya se enterará de todo después.

Taps obedeció de mala gana como al niño al que le obligan a irse a la cama en lo mejor de la fiesta.

Lane continuó:

—La Vulcano es una sociedad anónima, y claro, Jane no sabía

que uno de sus consejeros es Candonshan. Candonshan frecuenta bastante la sociedad. Hay más: Bill Feldman, el chico que fue su pareja en setiembre también trabaja allí. ¿No es un poco curioso todo esto?

Trayter inquirió:

—¿Insinúa que Candonshan tiene que ver en todo el asunto?

—De momento —replicó Lane— alguien sabía que Jane iría a esa casa. Alguien que teme que la chica puede saber demasiado. Ese alguien tiene que ser una persona que esté cerca de ella.

—¿Piensa que Candonshan ha dado la orden de que la mataran a ella?

Y Trayter se volvió hacia Herning.

—Yo no tengo nada que ver en esto, Trayter. Si quiere escucharme...

—Sí. Vamos.

CAPÍTULO XVI

—Me ahogo, Trayter. Ser policía aquí puede hasta ser cómodo. Pero la paga no compensa —así empezó Herning su relato a solas con Trayter—. Podría buscar otro trabajo, pero en ninguno se gana lo suficiente para salir de la vulgaridad.

—Y a ti te gusta la vida fácil.

Herning se encogió de hombros.

—¿A quién no? Un policía es un ser humano, ¿no? Esto tiene sus compensaciones en verano. Cuando se llena de turistas. Las chicas... Pero ¿qué va a hacer uno sin dinero?

—¿Y aceptaste algo sucio? _.

—No, Trayter. Al menos no es sucio para mí. Quizá moralmente lo sea para usted, porque en cierto modo le concierne.

—¿Y bien...?

—No sé por qué ese final de setiembre me olí algo de la casa donde estuvieron las dos parejas. Yo no iba ni más ni menos que los otros... No me gusta acusar a nadie, pero una vez sorprendí a alguien que visitaba con frecuencia la casa, que entraba dentro. Entraba y charlaba con ellos..., bueno, con los hombres. Entonces empecé a tomar interés. Al principio no lo relacioné con las noticias aparecidas sobre el secuestro de Grant... Una noche les vi sacar un bulto. Podía ser un cuerpo humano. Estaba liado con unas mantas. No pude seguirles la pista, pero dos días más tarde me enteré de que Grant había sido encontrado asesinado y su cuerpo envuelto en unas mantas.

—¿Por qué no diste parte?

—Hubiera tenido que hacerlo gratis, pero alguien me ofreció dinero para averiguar todo lo posible. Era como hacer de detective privado... ¿Comprende? Ahora veo que las cosas han ido demasiado

lejos... Y prefiero que me encierren. Sospecho que mi vida corre peligro.

—Bien. Todo esto tendrás que corroborarlo ante testigos. Tú mismo te has avenido a hacerlo, pero primero falta algún detalle. ¿No crees?

Herning guardó silencio.

—¿Los hombres? ¿Quién te pagó o te sigue pagando por ese trabajo?

Herning vaciló.

—Mira, tal como están las cosas guardar como secreto lo que me has dicho, puede que nos convenga para tener las manos libres. Piensa que esa gente no se anda por las ramas. Es una organización. Una poderosa organización.

—Lo sé. Hay una rama de la mafia mezclada en todo esto.

—Lo suponía. Vamos, Herning. Dime el nombre de la persona que ha querido que investigues por su cuenta.

—Está bien, Trayter. Quizá le cueste creerlo. Fue el ex juez Simmons.

Trayter no hizo el menor comentario. Sólo recordaba al ex juez practicando su deporte favorito: la pesca. Precisamente cerca de aquellas casas prácticamente deshabitadas de la parte vieja del pueblo.

* * *

Linda Weespar acabó confesando que Herning le pidió que mintiera si alguien le preguntaba con quién había pasado la noche del viernes.

—Me gusta ayudar a la policía —se guaseó la coqueta muchacha.

Cuando Trayter encerró a Herning en la celda y encargó de su custodia a Taps, confesó:

—Es cierto que pedí a Jane que fuera a la casa, pero no con intención de matarla. Le ofrecí dinero a cambio de que me hablara sobre el terreno. Sabía que en la casa había algún escondite, pero ignoraba dónde. Y era arriesgado ir solo. Si me pescaban con ella podía decir que habíamos ido allí a hacer el amor, pero sabía que estaban usted y Lane. Les vi y no quise entrar. Ahora ya lo sabe

todo.

Trayter regresó a su casa para descansar unas horas. Lo necesitaba. Julie no le importunó. Sabía que estaba sucediendo algo serio y le dejó descansar.

Lane se había llevado a Jane a la casa. Estaba informado de lo de Herning y aceptó guardar el secreto para no levantar la caza.

—Jane. Vamos a descansar. Nos meteremos en el sótano. Si alguien intenta hacernos una visita tendrá que hacer demasiado ruido... No temas.

—¿Me crees ahora, Lane?

—Sí, te creo y hasta te comprendo... Pero tendré que pedirte algo puesto que te has metido en esto hasta el fondo.

—¿Me veré en algún lío?

—No. Espero que no... ¡Ah! Y siento haber tenido que levantar la voz contigo. Hay demasiadas cosas confusas en todo esto, pero poco a poco todo se irá aclarando. Yo haré que los acontecimientos se precipiten, pero necesitaré tu colaboración.

—¿Qué puedo hacer yo?

Lane la miró con cierta ternura que parecía impropia de un hombre de su dureza y explicó:

—Tengo que pedirte que hagas de cebo, Jane.

CAPÍTULO XVII

Antes de las nueve de la mañana Trayter se hallaba en el domicilio del ex juez Simmons.

Tras exponerle el motivo de su visita, y cuando Simmons tenía ya el equipo preparado para ir a pescar, dijo:

—Podría negarlo todo categóricamente. En este asunto se están infringiendo demasiadas leyes, y yo he ido el primero en sobornar a uno de sus agentes, pero voy a sacarle de dudas, Trayter. No hay testigos.

—Lo sé. Presentía que de venir acompañado usted no despegaría los labios.

—¿Tanto cree conocerme?

—Siempre le tuve por un hombre sensato. Después de lo que me dijo Herning... no sé qué pensar.

—Mi sensatez, querido Trayter, me ha obligado a dictar sentencias absolutorias, porque debía atenerme a las leyes y de acuerdo con éstas a los veredictos de los jurados. Sin embargo algunas veces llegué a odiar esas leyes que permitían que auténticos criminales escaparan de la acción de la justicia por falta de pruebas. Podría citarles muchos casos.

Hizo una pausa y siguió:

—Algo falla en nuestras leyes, Trayter. Algo que permite al delincuente campar por sus respetos, sobre todo cuando se trata de alguien importante... Pero ahora ya no soy juez, Trayter, tengo unos ahorros y las rentas de unas propiedades que gasto como mejor se me antoja.

—¿Quiere hacer la justicia por su cuenta?

—No. No soy un loco de la justicia si es eso lo que piensa. Simplemente pago por reunir pruebas contra gente a la que por los

métodos normales jamás se les podría probar nada. Por eso abandoné mi profesión, para tener las manos libres y no involucrar el nombre de mi país en algo que hago por mi cuenta. Ya no soy un juez de los Estados Unidos, soy un ciudadano que mientras le quede aliento luchará porque se haga auténtica justicia, desenmascarando a quienes se han burlado y se siguen burlando de ella.

—¿Usted sabía... o sospechaba lo de Grant? ¿Tenía idea de que esa casa pudo haber sido el refugio donde los secuestradores escondieron al joven?

—No. Lo sospeché cuando ya era demasiado tarde.

—¿Por qué mandó investigar?

—Porque hay alguien que pasa por una persona respetable y está detrás de esto. No espere que le diga su nombre. Sus procedimientos no le permitirían llegar demasiado lejos.

—Sé a quién se refiere, juez Simmons. Candonshan.

Simmons guardó silencio.

—Deme datos. Si de verdad es un indeseable, pagará.

—Los poderosos siempre tienen amigos que compran con su dinero...

—Tengo que ver a Candonshan.

—De qué podrá acusarle, ¿eh?

—Fue a visitar a un tipo con antecedentes. Horacio Stewens.

—Esto no es un delito. Candonshan es un especulador. ¿Sabía que es el auténtico propietario de toda esta zona? Pagó unos centavos a los que quisieron venderle el terreno, alegando que iba a convertirse en parque ciudadano...

—¿Y no es así? —preguntó Trayter.

—¿Ve cómo lo ignora casi todo, Trayter? No hay nada de parque ciudadano. Esto será vendido a una inmobiliaria que a su vez tiene que ver con Candonshan. Estos terrenos se revalorizarán al mil por cien, pero esto no es delito. ¿Verdad? Atropellar derechos de una forma legal no está penado por las leyes, pero el secuestro y el crimen sí, y eso es lo que quiero probar. ¡Y lo probaré!

Trayter salió de la casa del juez para dirigirse a ver a Lane que ya se había levantado. Jane continuaba dormida en el sótano sobre el colchón que le había servido de improvisada cama.

—Lo tengo todo dispuesto, Trayter. Jane ha accedido a hacer de cebo.

—¿Qué demonios ha tramado?

—Daremos publicidad al asunto. Esta tarde debe aparecer en el periódico local algo que ponga nerviosos a los que están detrás de todo esto. No diremos nada en concreto. Sólo hay que dejar entrever que la policía está al tanto de algo gordo y que Jane puede ser una buena testigo. Haremos correr la voz de que Jane se ha escapado de nuestra vigilancia.

—¿Y piensa que alguien irá detrás de la muchacha para cargársela? —preguntó Trayter.

—Y así será.

—Esa muchacha va a correr un riesgo inútil.

—De momento caeremos sobre el autor del atentado. Y le haremos hablar.

—¿Por qué no detenemos a Pleasence?

—Porque tendría que acusarle directamente de tener en su poder dinero procedente del pago de un secuestro, y hay que seguir dejando que ellos ignoren que vamos sobre la pista.

—Es un secreto a voces, Lane.

—No, Trayter. Si fuera un secreto a voces no habrían intentado matar a Jane. Si lo han hecho es para impedirle que hable.

—Supóngase que caen en el cebo e intentan otra vez matar a la chica.

—Entonces tendrán que damos una explicación. ¡Vamos, Trayter! Déjeme a mí. Hay que terminar con esto cuanto antes. Tenemos un cadáver. ¿Recuerda? El del joven Marshall.

—Claro que lo recuerdo.

—Y nadie lo ha reclamado. ¿Verdad? Eso quiere decir que se confían. Y nos conviene.

* * *

La estampa de un perro ahorcado no es ciertamente un espectáculo edificante y se convierte en una pesadilla cuando el linchamiento ha sido presenciado por un niño para quien el perro era el mejor de sus amigos.

Sí. Bob lloraba aún cuando su madre regresó a casa y se enfrentó con el cadáver del can, que el muchachito había descolgado cortando la soga que había utilizado el verdugo.

—¿Pero quién ha hecho esto? —exclamó Julie aterrada—. ¿Quién ha sido capaz...?

Bob trató de serenarse.

—Un hombre alto, muy alto, más que papá. Tenía las manos muy grandes. Vi como cogía al perro y salí, grité y me empujó... Mientras lo ahorcaba dijo que lo mismo podía hacer con las personas entrometidas, que se lo dijera a papá...

—¿Le has avisado?

—No... No... Ese hombre me da miedo. Es muy fuerte.

—¡Dios mío! —Julie se llevó al chico dentro de la casa y se dispuso a llamar por teléfono, al tiempo que decía a Bob—: Luego le enterraremos...

* * *

Pleasence estaba molesto ante la presencia de Horacio.

—No debiste venir aquí.

Horacio fumaba un largo habano sentado cómodamente en el despacho de la villa que Pleasence tenía alquilada.

—No eres tú quien da las órdenes, señorito.

—Aquí no pasa nada. ¿Comprendes? No pasa nada... Tu presencia puede complicarlo todo.

—Al contrario. He venido a arreglarlo todo.

—¿Es que el imbécil de Trayter sospecha algo?

—Pudiera ser, pero andan a ciegas. Así que... ocúpate de tus cosas y si ocurre algo que te preocupe me avisas. Me hospedo en el Kingsdale. Es lo que tenía que decirte.

—Está bien, está bien —gruñó Pleasence—. Pero entretanto mejor que no vengas por esta casa. Esto empieza a no gustarme. Dijeron que aquí nadie nos molestaría.

—Y nadie os molestará.

* * *

Robert Trayter apretó los puños, mientras su hijo cavaba la fosa donde enterrar a su perro.

—Horacio Stewens... Ha tratado de asustarme.

—¿Quién es ése? —preguntó Julie.

—Un matón. Su descripción concuerda. Bradford me ha dicho que le vio. Lo que ocurre es que tengo tantas cosas en la cabeza que...

—¿Qué vas a hacer? Ten cuidado, Robert...

—A. ese matón ahorcaperros voy a quitarle las ganas de asustar a los niños.

Jamás Julie había visto a su marido adoptar una actitud tan ofensiva. Incluso el tono de su voz le asustó.

Antes de que pudiera decirle nada, Trayter estaba ya en su coche en dirección al centro de la población.

CAPÍTULO XVIII

—El señor Stewens ha salido —le dijo a Trayter el conserje del hotel.

Cuando el policía se volvió, Stewens cruzaba el vestíbulo con una sonrisa.

—¿Me busca a mí? —preguntó el recién llegado.

Trayter avanzó hacia él.

—Stewens, ¿verdad?

—Sí, *sheriff*... ¿Qué se le ofrece? —Stewens reía abiertamente con los brazos en jarras. Era un auténtico gigante de manos grandes y absoluta seguridad en sus fuerzas.

—Tendrá que acompañarme, Stewens. Ha ahorcado un perro y quiero saber por qué.

—¿Qué está diciendo? Yo no voy a ninguna parte. ¡Ahorcar a un perro! Esto no es cuestión de la policía.

—¡No me haga perder la paciencia, Stewens! —espetó Trayter.

—Venga con una orden de detención, polizonte. A ver si algún juez se la firma. —Y se puso a reír a mandíbula batiente. Trayter se olvidó de su uniforme y descargó con toda la fuerza que Dudo reunir su puño derecho contra el abdomen del matón que acusó el golpe inclinándose hacia delante.

Trayter aprovechó para sacudirle en la mandíbula con lo que consiguió derribar al gigante que se incorporó resoplando.

—Le voy a...

Soltó la diestra que el policía logró esquivar, no así la zurda que le alcanzó el pómulo. La potencia del golpe fue tal que Trayter trastabilló.

Lane entró en aquel instante y se hizo cargo de la pelea. Stewens avanzaba como un huracán y Trayter esquivó como pudo los

primeros golpes.

Fueron los últimos porque Lane llamó a Stewens. Éste se volvió y se encontró con un silletazo.

Stewens cayó como un fardo alcanzado de lleno entre cabeza y nuca.

—Con esos tipos no hay que andarse con contemplaciones, Trayter.

Lo llevaron al puesto y lo encerraron en una celda.

—Acúsele de resistencia a la autoridad —dijo Lane.

—Sé lo que tengo que hacer, Lane. Y quiero acabar de una vez con este maldito asunto.

El próximo paso que dio Trayter fue visitar a Candonshan.

—Hemos sido amigos durante mucho tiempo... Pero ahora ocurre algo muy extraño. Tú trajiste a este sujeto a Agnes Bay... Vamos, di lo que escondes o será peor para ti.

—Te ruego que no grites. Mi mujer...

—Si ocultas algo tu mujer tendrá que saberlo. Están sucediendo demasiadas cosas.

—Déjame en paz, Trayter, si vienes a verme de forma oficial, te contestaré oficialmente. Soy un ciudadano libre. Puedo elegir a mis amigos.

—Está bien... Si lo quieres así...

—Espera, amigo... No haces más que lanzar acusaciones veladas. ¿Qué tienes contra mí? ¿Porque recomendé a un pariente que alquilara una casa en el barrio antiguo...?

—¿Sólo eso?

—No sé... Tú sabrás... Vamos. Si algo te preocupa y puedo ayudarte...

Trayter observó que Candonshan ya no estaba tan preocupado o asustado como la última vez. Al contrario, parecía muy seguro y con todas las de ganar.

El policía prefirió salir de la casa. Todavía tenía mucho que hacer.

* * *

De acuerdo con el plan de Lane, el periódico local publicó la nota.

«Se ha encontrado el cuerpo de un joven asesinado junto a una de las casas deshabitadas del barrio antiguo».

Así empezaba la noticia. Lane había creído oportuno aprovechar el cebo dando cuenta del asesinato de Marshall.

—Nos lo jugamos todo a una carta, pero tengo fe en ello —había dicho.

Y la nota proseguía:

«Algún misterio se encierra en ese crimen. El jefe Trayter anda completamente a oscuras, e igual ocurre con el inspector Lane de la Central.

»La única pista es una joven a la que se vio cerca de la casa. Sólo se sabe que su nombre es Jane, pero la muchacha ha desaparecido. Los hombres de Trayter la están buscando por los alrededores pues se supone que no ha tenido tiempo de salir del pueblo...».

Atardecía ya cuando Taps, encargado de la custodia de los dos prisioneros. —Herning y Stewens—, se aproximó con el periódico a la celda de su compañero.

—¿Tienes idea de dónde puede haberse escondido? —Le presunto pasándole el periódico.

Herning leyó.

—No, pero voy a pedirte un favor, Taps. Un favor entre amigos. Suéltame y trataré de encontrarla.

Taos sonrió:

—¡Qué gracioso! Y cuando Trayter se entere, ¿cómo crees que va a reaccionar?

—Yo traje a esa muchacha, Taps. Si le ocurre algo me sentiré responsable.

—Por cierto, Herning, todavía no he acabado de comprender lo que te traías entre manos. Trayter no nos ha dado explicaciones.

—Iba detrás de un buen pellizco. Eso es todo.

Taps abrió la celda, entró y sacó su revólver.

—Tú me viste en la casa, Herning... Sé que fuiste tú... Me viste hablar con ellos —le encañonó clavándole el cañón del revólver en el pecho.

—No voy a negarlo, Taps. Te vi y me pagaron para que te vigilara. Pero no temas. Trayter no sabe quién es. Me he guardado un as en la manga... Así tengo salida. ¿No?

—¿Quién te pagó para que me siguieras?

—Sácame de aquí y lo sabrás todo. Pienso dejar la policía. ¿Comprendes? Preséntame a tu jefe y contará con otro elemento. Bueno. Yo soy un buen tipo, ¿verdad?

—No me convences, Herning. No me convences nada... —Seguía apuntándole.

—Debes creermme.

—Lo haré cuando me digas quién te pagó.

—Sólo hablaré con el jefe. Anda, Taps... Siempre hemos sido buenos compañeros. ¿Eh?

Taps dudó. Al fin optó por guardarse el arma reglamentaria y accedió.

—Llévame hasta donde crees que puede estar esa chica, ¿eh? A ella no le ocurrirá nada. Luego ya inventaremos una excusa para justificar tu ausencia. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

—Eres un buen amigo, Taps, —sonrió Herning y salió de la celda.

Taps tomó precauciones antes de indicarle que podía seguir.

Ya de noche los dos hombres estaban en la calle. Había dos coches oficiales.

—Tú ve delante —dijo Taps a Herning—. Yo te seguiré. Y no vayas por lugares frecuentados.

Poco después Taps seguía a distancia por un sendero vecinal a Herning que seguía llevando la delantera.

De pronto Taps le adelantó cruzándose en el camino.

—Sal —dijo empuñando un revólver.

—¿Qué pasa ahora? Vuelves a amenazarme... ¿Por qué?

—No me he creído nada de lo que has dicho antes. Herning. Se lo contaste todo a Trayter... No me importa, ¿sabes...? No me importa en absoluto. Esto es una trampa. Lo he sabido desde el primer instante.

—Estás loco. ¿Por qué iba a mentirte?

—La chica está en la casa. ¿Verdad? Sigue en la casa. Pero tú pretendes conducirme a otro sitio...

Herning no contestó. Pensó un instante, de forma fugaz, en las instrucciones de Trayter.

Recordó brevemente la última conversación que tuvieron.

—Quiero colaborar con usted, jefe —le había dicho—. Puesto que lo sabe y ya nada tengo que ganar haré lo que me diga. Palabra. Luego abandonaré el cuerpo.

—¿Quién de los agentes frecuentaba la casa? —le había preguntado Trayter.

—Taps —confesó él.

—Está bien. Voy a confiar contigo. Si me mientes será la última vez que lo hagas.

—Le doy mi palabra.

Trayter le dio las instrucciones y concluyó:

—Si Taps es nuestro hombre dile que Jane estará escondida en la vieja capilla. Hazlo como si fuera un presentimiento tuyo para que no se de cuenta de que es una trampa.

Hablaron algo más, pero lo importante habían sido esas instrucciones que Herning cumplió al pie de la letra.

Pero Taps no se dejó engañar y ahora seguía apuntándole.

—Ya intenté matarla una vez, Herning, esa chica puede traerme algún disgusto y yo no pienso abandonar la policía. Es un buen puesto. Desde aquí se saben cosas y mis jefes me pagan más... Ese maldito niño bonito de Marshall estuvo a punto de estropearlo todo. Y me lo cargué yo... Estoy bien respaldado. ¿Comprendes? Ahora acabaré contigo. Diré que tuve que disparar porque te habías fugado. No tendrán más remedio que creerme.

Herning iba a decir algo, pero la bala de Taps se lo impidió.

El asesino se había apartado considerablemente para que el disparo no fuera a quemarropa. Cuando Herning cayó Taps disparó otra vez.

Dejó el cuerpo sobre el polvo del sendero y volvió a su automóvil.

Sonrió al acelerar y murmuró:

—Bien. Jane. Ahora te toca a ti. —Y puso rumbo a la casa deshabitada.

Jane estaba encerrada en el sótano. Sola.

A medio kilómetro, en la parte más alta de aquel barrio abandonado se hallaba la ermita.

—Si eso no sale bien... —empezó Trayter.

—Usted confiaba en Herning —dijo Lane.

—No teníamos opción.

Lane consultó su reloj.

—Es pronto todavía.

—Si Taps no cae en la trampa, mañana empezará el follón.

—Trayter —atajó Lane—. ¿Ha dado instrucciones a sus hombres?

—Sí. Esperan mi llamada. Jack Bell y Bradford están cerca de la villa, esperan mi llamada.

—Bien... Le voy a dejar solo por si acaso.

—¿Y dónde quiere ir?

—A la casa. Jane está sola. Pienso que a salvo, pero no estará de más echar un vistazo. Si todo sigue igual, volveré.

Trayter se encogió de hombros. Lane tomó su motocicleta y se alejó.

Mucho tenía que correr aunque la distancia fuera corta. Mucho porque Taps había entrado ya en la casa. Un presentimiento debió indicarle que Jane estaba en el sótano, porque estaba retirando la nevera que disimulaba la entrada.

Jane escuchó el ruido del mueble al ser arrastrado sobre el suelo de madera y se estremeció.

Lane seguía con la motocicleta por el sendero. Para no llamar la atención llevaba apagadas las luces guiándose únicamente por el azulado resplandor de la luna.

Taps comenzó a descender por la escalera que comunicaba con el subterráneo. Todo estaba a oscuras. Jane en un rincón detrás de unas cajas contenía la respiración.

El policía llegó hasta el suelo y tanteó el terreno.

En algún lugar crujió una madera. Taps aguzó el oído.

—Sé que estás ahí, Jane —dijo—. No debes temer nada. Soy de la policía y vengo a protegerte.

La muchacha vaciló. En la oscuridad no podía ver al hombre.

Taps sacó su linterna y barrió una parte del local con el haz de luz.

—Jane... Si puedes verme, mira. No debes temer nada. —Enfocó la luz a su uniforme del que colgaba el revólver reglamentario en la funda.

Lane detuvo su motocicleta a unos trescientos metros de la casa. Algo fallaba en el motor.

—¡Vamos! —exclamó—. Justamente ahora.

Taps avanzó unos pasos más por el subterráneo, mientras Lane intentaba poner en marcha la moto. Al no conseguirlo optó por seguir a pie a buena marcha.

El agente Taps estaba en el centro de la estancia subterránea.

—¡Vamos, Jane! Tengo orden de protegerte. Sal de una vez. Esto es oficial.

La muchacha se movió y una pequeña caja de madera cayó al suelo. Esta vez Taps pudo orientarse bien y enfocó su linterna hacia el punto preciso.

La luz iluminó a la muchacha. Taps sonrió.

—Bueno, bueno, daremos la luz y charlaremos, ¿eh? —Retrocedió en busca del interruptor para dar confianza a la muchacha.

Cuando todo quedó iluminado tenuemente. Jane seguía en su sitio.

Taps se revolvió esgrimiendo su pistola.

—¡Se acabó la comedia, muñeca! —exclamó el policía.

Jane soltó un grito:

—¡No!

Lane se hallaba todavía a un centenar de metros de la casa.

CAPÍTULO XIX

Taps efectuó un disparo. Jane había alcanzado una puerta de una habitación sin salida. Lo que había sido una cava para la conservación de vinos iba a convertirse en su tumba.

El agente sonrió avanzando con la seguridad de saber que ella ya no podría escapar.

—¡Vamos, muñeca! Si me dices lo que has contado a la policía quizá lleguemos a un acuerdo. ¿Eh?

Amartilló el arma.

Jane temblaba como una hoja ante la muerte que no podía evitar.

De pronto un ruido a la espalda del agente. Una voz.

—¡Taps!

En lo alto de la escalera había aparecido el ex juez Simmons.

Taps se revolvió. Simmons llevaba un revólver en la mano. Taps disparó primero y Simmons saltó hasta el suelo y disparó a su vez hiriendo al agente, que lanzó un grito dejándose caer al tiempo que disparaba otra vez.

—No seas loco —gritó el juez y cometió el error de incorporarse y avanzar hacia el herido.

Taps afinó la puntería y disparó.

El impacto dio de lleno en Simmons que cayó al suelo. Taps se dolía de la herida, pero consiguió incorporarse. Todavía no había terminado su labor. Le quedaba Jane a la que tenía que liquidar.

La muchacha seguía acurrucada en el fondo. Taps avanzaba con dificultad, pero tenía aún munición en su revólver.

Lane, que al oír los disparos había acelerado su carrera, llegó a tiempo.

—¡Quieto! —gritó.

Taps disparó. Lane también, pero contra la bombilla. Todo quedó a oscuras.

—¡Corre, Jane! —gritó Lane.

Un ruido hizo que Taps disparara a ciegas buscando con sus balazos a la muchacha.

Su revólver quedó vacío, entonces Lane saltó sobre él y le atenazó con fuerza.

—Esto se ha terminado, Taps —dijo simplemente.

* * *

Cuando Trayter supo lo ocurrido avisó a Jack Bell para que éste, junto a Bradford, detuviera a la gente de la villa de Pleasence.

Todos estaban en el puesto de policía. Todos excepto Lane y Taps que seguían en la casa.

—Mis métodos quizá no te gusten, Taps —dijo Lane—. Pero estamos entre colegas. ¿Comprendes? Y te arrancaré una confesión o te mataré. Te lo juro.

Lane disparó su revólver con precisión, y Taps escuchó el zumbido del aire rozándole una oreja.

—Está bien, Lane... Ya no tengo nada que perder... Trabajo para Candonshan. Es él quien paga. No sé si tuvo que ver con el secuestro. No lo sé. Pero Grant estuvo aquí. Mi misión era vigilar para que nadie sospechara.

—Está bien, Taps, sigue. Sigue... Tenemos tiempo. Te voy a dar un respiro para pensar.

Taps creyó que podría huir y lo intentó. Un balazo en la pierna se lo impidió.

—Nada de esto, amigo. Si te empeñas en salir con los pies por delante no dudes que te daré ese gusto.

* * *

Pleasence confesó delante de Trayter. En cuanto a Horacio, el más reacio, se limitó a decir que trabajaba como guardaespaldas de Candonshan.

En el hospital el ex juez Simmons en sus últimos momentos

hablaba con Trayter.

—Se lo dije, Trayter... No conseguirán gran cosa, pero yo tenía que salvar a la muchacha. Sabía que estaba allí y comprendí que Taps iba a matarla.

—Juez... Todo saldrá bien. Usted vivirá para ver como se hace justicia. Todos han confesado.

—No, Trayter. Yo no viviré. Lo sé. Y usted todo lo que conseguirá será apresar a Candonshan.

—Usted sospechaba de él. Iba tras suyo.

—Sí, pero sin personal.

—Lo sé...

—Trayter... Compréndalo, Candonshan es sólo una pieza del engranaje. Ahora lo veo claro. Le acusan porque no saben quién está por encima de él...

—Bien, Simmons. Por algo se empieza. Los datos que tenemos concuerdan. El secuestro de Grant partió de Candonshan. No le quepa duda de que pagará su crimen.

Simmons sonrió con cierta tristeza. Luego cerró los ojos. Los cerró para siempre.

* * *

—Mi misión aquí ha terminado —dijo Lane despidiéndose de Trayter y mientras le estrechaba la mano añadió—: Le felicito. Es usted un hombre muy eficiente. Sólo tengo que pedirle que excuse mis extemperancias. Pero ambos luchábamos por la misma causa.

Estaban en casa de Trayter. Julie asistía a esa despedida. Y Jane se hallaba presente también.

—Que tenga suerte, Lane. Y después de todo me alegro...

Julie intervino:

—Pensar que Candonshan... Ahora sólo pienso en su esposa. Ella no sabía nada. Me consta. No podrá volver a levantar la cabeza.

—Eran ustedes buenas amigas, ¿verdad? —sonrió Lane—. Haga lo que pueda. Ella no era culpable, pero su marido tiene que pagar. Pesa un crimen sobre su conciencia. El asesinato de la persona que ordenó secuestrar. No saldrá de la prisión.

Julie pensaba en la esposa del asesino. Lane ya no tenía nada más que decir y se dirigió a Jane.

—¿Vamos? —Se volvió y añadió—: Nos hemos hecho buenos amigos, ¿sabe? Este oficio a veces tiene cosas agradables.
Y se alejó llevando del brazo a la muchacha.

EPÍLOGO

Una redada general había puesto a buen recaudo a todos los implicados en el atraco. Jane, gracias a Lane, se vio libre de verse envuelta en el lío aunque prometió declarar cuanto hiciera falta.

El nombre de Agnes City salió en todos los periódicos de la nación destacando a su representante de la ley: Robert Trayter.

Cuando Julie podía pasear con su marido le gustaba ver como algunos se volvían para mirarle como si se tratara de un astro de cine.

Por una mesa rondaba una postal de las Bahamas. Era de Lane.

«He ido a pasar unas cortas vacaciones. Quería ir a Agnes City, pero Jane ha preferido, de momento, no volver por ahí. Se comprende.

»Un saludo.

»*Lane*».

Julie abrazó a su marido en un momento de calma. El niño estaba ya en la cama. Era tarde.

—¿Sabes? Esta pareja... Lane y Jane se quieren. Les envidio un poco.

—¿Por qué?

—Porque cuando surge el amor... en los primeros tiempos todo parece maravilloso.

Trayter besó a su mujer y después murmuró:

—¿Y quién te dice que a los siete años no puede ser Igual? —Y sin darle tregua añadió—: Anda, vamos arriba. Hoy tengo mi noche

libre.

FIN

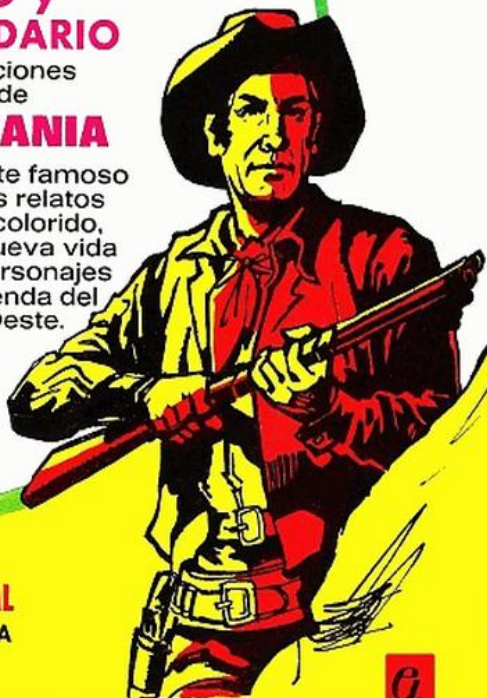
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.